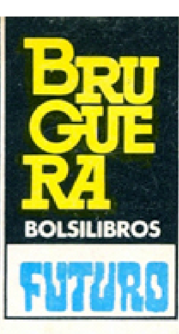


BARBARROJA DEL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

FABÁ



BARBARROJA DEL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

702 — La nueva humanidad. Law Space.

703 — El reino de Zora, Joseph Berna.

704 — Proyecto liberación. Ralph Barby.

705 — El imperio de Re-Apharax. Kelltom Mclntire.

706 — Mundo a la deriva. Clark Carrados.

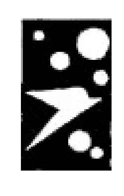
A. THORKENT

BARBA ROJA DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 707

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 5.367-1984

Impreso en España —Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que más llamaba la atención en Joe Leonard era su abundante y roja barba, luego su enorme complexión y al final sus grandes manos, capaces sus dedos de rodear el cuello de un hombre, tocándose pulgar e índice.

—Eres un exagerado —dijo Sara al humanoide que caminaba a su lado—. No tiene las manos tan grandes, no lo bastante para ahogar con una sola a un hombre.

Sara miraba las anchas espaldas del capitán Leonard mientras éste caminaba a pocos metros delante de ella y su acompañante.

Hunt, nativo de Zúmbala, sacó su peluda cabeza de los hombros y elevó los ojos para mirar a la humana.

—No soy mentiroso.

—He dicho exagerado.

—¿No tiene la cara de pelo rojo como la sangre y parece un gigante de Exmetel? Además, podría rodear con sus dedos el cuello de un hombre delgado. Yo no especifiqué nada.

—Eres un truhán —rió Sara apretando el paso para no perder de vista a Joe Leonard.

Había mucha gente en la calle principal de la pequeña ciudad. Sobre ellos brillaban los anuncios luminosos de los establecimientos de juegos, bebidas y sexo. Por allí deambulaban bucólicas y ruidosas personas de muchos planetas y humanoides procedentes de extraños mundos. En todos ellos su afán era el mismo: divertirse.

A Hunt le costaba mucho esfuerzo mantener las zancadas de la chica. A veces era empujado, maldecía y echaba a correr para volver a ponerse a la altura de Sara.

—¿Por qué no le llamo y dejamos de tropezar con la gente? —preguntó Hunt eludiendo un ser ameboso que se cruzó en su camino.

—Antes quiero observar a tu nuevo patrón.

—No es un mal tipo, aunque la suerte no le acompaña últimamente. ¿Es que desconfías de él? ¿Qué motivos tienes?

Ella se detuvo porque Joe se había parado delante de la entrada

de un casino. Parecía dudar si entrar o no. Aprovechó tal pausa para arrodillarse delante de Hunt, acariciándole la suave espalda y decirle con una risita:

—Simplemente porque debo recelar de un capitán estelar que haya contratado a un zimbaliano como tú.

—¡Me ofendes!

—Sabes que te quiero —rió Sara incorporándose—. Me dio mucha alegría cuando te vi, de veras. ¿Es que no admites una broma? Sé que hay pocos navegantes como tú, tan eficaces.

—Leonard está desesperado —gimió Hunt viendo entrar en el casino al capitán.

—Su nave me gusta, y también la ruta que tiene planificada. Me agradaría que Leonard resolviera sus problemas y pudiera sacarla de los astilleros.

—Está entrampado hasta el cuello y la dirección de los astilleros le ha cerrado el crédito. Si no sale pronto al espacio no podrá pagar una milésima de crédito y acabará perdiendo su nave, una estupenda nave por cierto. Sin embargo...

—¿Qué?

—No debería entrar en ese casino.

—¿Por qué?

Hunt exhaló un profundo suspiro.

—También debe dinero al dueño. Sara, ¿por qué no volvemos a la residencia y esperamos allí al capitán?

—Te dije que quería observarle antes de pedirte que me admita como tripulante.

—Eres muy exigente.,. ¿No crees que deberías solicitar tu vuelta al servicio de inteligencia del Orden Estelar?

Sara negó con la cabeza. Si había llegado hasta aquel planeta fue con la esperanza de encontrar allí; a su antiguo amor, al capitán Lorenzo, anterior jefe de Hunt. Pero el trotamundos estelar había partido para un viaje cuyo destino nadie pudo decirle cuál era.

Sin embargo tenía la idea de encontrar a Lorenzo en determinada ruta, precisamente la misma que el capitán Leonard tenía trazada.

Su alegría fue enorme al descubrir a Hunt. El gruñón ser de Zimbala pertenecía a la pequeña tripulación de Joe, y desde su encuentro estaban recorriendo las calles en busca de Leonard, a quien al fin encontraron primero en un bar y luego lo siguieron a lo largo de la avenida que dividía la ciudad de placer y juego.

—Acabé definitivamente con el Orden Estelar —dijo Sara recordando que debía contestar la pregunta de Hunt—. No soporto más disciplina ni zarandajas. Quiero libertad absoluta.

—Al menos tenías una paga fija. En fin. ¿Qué hacemos? ¿Continuamos tras tos pasos de Joe toda la noche o nos largamos?

Vieron entrar al capitán en el casino y Sara hizo un gesto a Hunt para que la siguiera.

Dentro del casino, tras. franquear dos puertas de seguridad, se encontraron con una atmósfera densa. En la gran sala había un constante destello de luces que brillaban en las máquinas y múltiples grupos de jugadores alrededor de las mesas y las unidades de apuestas. Dentro había mucho humo y olor a sudor y a bebidas fuertes.

—Esto es asqueroso —gruñó Hunt tapándose la nariz.

—Te doy la razón. Ven, sígueme.

Ella localizó otra vez a Joe. Entonces el capitán giró un poco la cabeza y Sara pudo estudiarle la cara.

Leonard poseía un rostro duro, frente amplia que terminaba en una cabellera tan roja como su barba, comenzaba en pobladas cejas de fuego o viceversa. Tenía el gesto fruncido mientras contaba unas monedas delante de una gran máquina brillante.

—¿Va a jugar? —preguntó Sara a Hunt llevándoselo de la mano detrás de una columna.

—No lo dudes. Es un jugador empedernido. Apostará los últimos créditos que le quedan. Al menos que tenga la suerte, aunque pierda hasta tos calzoncillos, de que el dueño de este tugurio no le vea.

—¿Le debe mucho?

—Oh, sólo unos miles. Tal vez diez mil; pero Cothan, que así se llama el dueño, sabe que está sin blanca y querrá cobrarse aunque sea a puñetazos de sus matones.

—Si él lo sabe, ¿por qué no ha elegido otro casino?

—Se ve que tú no le conoces tan bien como yo, preciosa. A Joe le gustan los riesgos. Y aquí va a encontrar muchos.

Sara cruzó los brazos debajo de sus pechos y se apoyó contra la columna, dedicándose a observar a Joe. El capitán se acercó a la máquina e introdujo en Una ranura una moneda. En seguida una pantalla se encendió y apareció en ella una carta. El banquero automático recibió otra y a continuación le fue entregada a Joe su segunda carta.

La chica no entendía bien aquel juego, pero vio que Joe apretaba un botón y entonces el croupier arrojaba una carta en su pantalla, sonó un silbido y una luz se encendió arriba de la máquina diciendo al jugador que había perdido.

—¿A qué juega? —preguntó Sara.

—Al Black Jack. Tengo entendido que es un juego muy viejo, procedente de la Tierra y Joe siente por él una singular debilidad.

—Pues va a perder lo poco que le queda —dijo Sara viendo como Joe echaba una moneda detrás de otra y las perdía.

—Es un caso perdido. Bueno, cuando no tenga nada saldrá si antes no le descubre Cothan y le pide el pago de la deuda.

Algunas veces ganaba Joe, pero de cada tres manos perdía dos y Sara pensó que pronto se vería obligado a abandonar. Preguntó a Hunt por las reglas del juego.

—La máquina posee seis barajas francesas. ¿Las conoces? —Después de ver asentir a Sara, añadió—: Son mezcladas en un cubo, barajadas hasta formar un mazo que es depositado en un cajón. Después de hacer la apuesta, el jugador recibe una y otra el banquero, quien entonces entrega otra a su oponente. Las figuras valen como dieces y las demás su valor, excepto el as que es comodín y se puede usar como un punto u once. Conseguir veintiuno con dos cartas es Black Jack y la banca paga el uno y medio de la apuesta. El punto

máximo con más de dos naipes es igualmente veintiuno. El problema es sacar más puntos que el banquero, así de sencillo.

—No parece muy difícil. El capitán debe ser muy torpe. Mira, acaba de plantarse con sólo doce. No se arriesga mucho, ¿no? —dijo Sara contemplando las dos cartas de Joe mostradas en la pantalla.

—Es que la banca posee un cuatro, mal punto. Puede pasarse.

Pero en la pantalla del croupier, después del cuatro, aparecieron un cinco y un ocho.

—¡Qué pena! —exclamó Hunt—. Joe ha perdido.

—Ven, preséntamelo —dijo Sara echando a andar.

—A él no le gusta ser interrumpido cuando pierde... —Quiero decir cuando juega.

Sara se acercó a la máquina. Antes de ponerse al lado de Joe se fijó en la caja donde se almacenaban los naipes por jugar. Quedaban pocos.

—¿Qué pasa cuando se acaban las cartas?

—Se vuelven a barajar.

Joe les había oído y se volvió. En sus manos sólo quedaban cuatro monedas de diez créditos y en su cara persistía el mismo gesto de contrariedad, que se acrecentó al ver a Hunt acompañado de una chica joven y bonita.

—¿Qué demonios haces aquí Hunt? —preguntó el capitán.

Estudió a Sara, encontrándola muy atractiva, pero algo pequeña para él. Claro que para encontrar una pareja adecuada a la estatura de Joe había que armarse de paciencia. De todas formas, y pese a su malestar, el capitán se dijo que la chica valía la pena perder un instante para mirarla

—Te presento a Sara, capitán.

—¿Sara? ¿Qué más?

—Sólo Sara. Es todo mi nombre —sonrió ella—. ¿No es suficiente?

—Desea enrolarse con nosotros, jefe.

Joe Leonard soltó una carcajada. Estuvo a punto de decir que dentro de poco él sería uno de tantos capitanes que deambulaban por la ciudad sin trabajo, pero su orgullo le mantuvo callado y se limitó a asentir antes de echar una nueva moneda en la maldita ranura.

—Ya veremos — dijo apretando el botón.

Otra vez la banca consiguió un punto más que él. El enorme puño del capitán amenazó a la máquina.

—Cuidado, jefe —advirtió Hunt—. Si la golpeas te la harán pagar como nueva. ¿Por qué no la dejas?

Joe hizo saltar las monedas en la palma de su mano. Soltó un bufido.

—Debería hacerte caso, pero... ¿Qué haría con sólo cuarenta créditos?

Sara se fijó en la señal colocada en el resto de las cartas. En la máquina debía de haber un mecanismo que las echase con las demás cuando se robase la marca, para ser barajadas todas y de nuevo formar otro mazo dispuesto a repartir suerte o desdicha.

—Con esa miseria no haría nada, capitán —dijo Sara—, Nadie ha alabado a los cobardes. ¿Por qué no echa dos monedas?

Joe esbozó una sonrisa.

—¿Por qué no? Lo ha dicho una chica bonita.

Detrás de ellos se escuchó el quejido lastimero de Hunt.

—Están locos los dos—musitó el zambaliano.

La siguiente mano fue ganada por el capitán y la máquina le devolvió la apuesta y dos monedas, Joe iba a echarlas cuando una voz metálica le advirtió:

—Un momento, señor. Vamos a barajar.

—¿De veras que quiere navegar, señorita? —preguntó Joe para distraerse mientras las cartas danzaban en el cubo transparente—. ¿Tiene experiencia?

Pero Sara no le contestó. Parecía absorta mirando los naipes agitarse en medio de las corrientes de aire que los mezclaban. Joe frunció el ceño, molesto por no recibir respuesta. Pensó que la chica era tonta y se ensimismaba con cualquier tontería. Tal vez no le sirviera ni como cocinera a bordo, pensó.

Las cartas entraron en el zapato distribuidor y la máquina anunció que estaba dispuesta a aceptar apuestas.

—Póngalo todo, capitán —le sonrió Sara con su mejor sonrisa.

Joe se atragantó, pero metió las cinco monedas y apretó el botón. Recibió su naipe y fue un diez, la banca obtuvo un ocho y el tercero, para el capitán, resultó ser un as.

Sonó una sirena. En un rectángulo aparecieron los dígitos del premio: Setenta y cinco créditos.

—No los cobre, capitán — dijo Sara—. Doble.

Joe frunció sus enormes y sanguíneas cejas.

—¿No resulta un poco arriesgado? Apostaré veinte... No quiero tentar tanto a la suerte.

Sara puso los brazos en jarra y miró al capitán como si se tratara de un niño irresponsable.

—¿Cuál es el límite?

—La banca admite cualquier clase de apuesta —sonó una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron y se encontraron a un hombre de poco más un metro y medio de altura, sólo ligeramente más alto que Hunt. Pero el humanoide no se sintió halagado ante un ser humano que apenas le sobrepasaba unos centímetros. Por el contrario se encogió y retrocedió unos pasos.

—Hola, Cothan —saludó Joe al recién llegado.

CAPITULO II

Para alguien que no conociera a Cothan, la presencia pequeña y rechoncha del dueño del casino podía resultar ridícula, incluso podía llevarle a sentir misericordia por él al percatarse de que sus dos piernas eran de acero, circunstancia que el pequeño hombre no se esforzaba en ocultar llevando calzones cortos.

Sin embargo, quien supiera quién era realmente Cothan no se atrevería a reír delante suyo ni tampoco a expresar sus sentimientos de pesar. Lo más probable es que percibiera un escalofrío recorrerle la espalda y se pondría en guardia como lo haría si tuviera delante la más venenosa de las serpientes.

Hunt no pudo evitar que se le erizaran los pelos y empezara a temblar visiblemente. El zimbaliano conocía además que lo más peligroso en Cothan estaba, precisamente, en sus ridículas piernas de acero resplandeciente.

Joe también sabía todo respecto a Cothan, pero no por ello perdió su sonrisa despectiva. No le intimidaba el hombrecillo ni tos dos gorilas que le cubrían las espaldas.

—¿Has venido a pagarme, capitán Leonard? —inquirió Cothan dando dos pasos que resonaron en el mármol metálicamente.

—Es posible... si me dejas terminar la partida.

—No deberías. Sabes que tu suerte es pésima.

—Algún día puede cambiar.

Cothan chasqueó los dedos y uno de sus guardaespaldas le entregó un enorme cigarro que el otro le encendió.

—De acuerdo, juega. Esperaré a que termines. La máquina que has elegido no tiene límite alguno.

Joe estudió a su adversario. Ahora reconocía que había cometido una estupidez entrando en aquel tugurio; pero ya era tarde para arrepentirse. Ya sabía que estaba allí y no le dejaría marchar. Si era afortunado terminaría con los brazos y las piernas rotas, tirado en un callejón.

El capitán sabía afrontar a su destino, aceptar las consecuencias de sus actos estúpidos. Entre su cinto y el pantalón tenía escondido algo que no haría fácil a los matones su trabajo. Antes de que le partieran el espinazo o le mataran, él se llevaría por delante a alguno. Ojalá Cothan quisiera participar. El pequeño hombre recibiría antes que nadie en su persona la sorpresa que les reservaba.

—Te veré luego, Cothan.

—Seguro, capitán —sonrió el dueño dándole la espalda. Los dos matones siguieron mirando de reojo a Joe, como diciéndole que ellos también le Verían.

—Debéis marcharos —dijo Joe siguiendo con la mirada a Cothan —, Los dos. Esto se ha convertido en un asunto de mi incumbencia.

—Eres un loco, jefe —gimió Hunt—. ¿Estabas drogado cuando entraste aquí?

—No, ni siquiera un poco borracho. Algo me impulsó a entrar, quizás el deseo de desquitarme. Ese enano de patas de hierro me robó hace unas noches diez mil créditos. Fue una jugada particular con él y sé que me hizo trampas.

—Estas máquinas también deben de estar trucadas…

—Nada de eso —sonrió Sara—. No lo necesitan para desplumar incautos. Capitán, juega ahora tos 125 créditos que tienes en depósito.

—Chica, no te entiendo. Acabas de decirme que no tengo

posibilidades.

Sara le dirigió una sugestiva sonrisa.

—¿Es que no te fías de la intuición femenina?

De pronto, Hunt dio un salto y dijo alborozado pero en voz queda:

—Hazle caso, jefe.

—¿También tienes tú una premonición?

—Ella lo ha dicho.

Joe frunció el ceño. Se encogió de hombros. ¿Por qué no jugar? Mientras tuviera dinero estaría alargando su vida o su salud. ¿Para qué dilatar más el desenlace? Su porción de morbosidad en el subconsciente le impelía a conocer el final lo antes posible.

—Está bien. ¿Por qué no puedo ganar unas partidas? Lo doblaré, hasta tres o cuatro.

—O doce o trece.

—Sí, tendría gracia —rió Joe nerviosamente—. El número trece es mi favorito.

—Pues el mío es el catorce.

Joe se aseguró de que no quedaba cerca de ellos ningún matón de Cothan y puso en movimiento las cartas.

Ganó por un punto.

Apostó los 250 créditos y volvió a ganar por un punto.

Siempre vencía por un punto o la banca se pasaba, pero él siempre disponía de un magnífico tanteo, veinte o veintiuno. No volvió a repetir un Black Jack, pero en la décima jugada su saldo en la máquina era de 64.000 créditos.

De pronto, en medio de su euforia, se acordó de algo y dijo:

—Me sobra para pagar a Cothan.

Sara, apoyada a un lado de la máquina le sonrió.

—Pero no tienes lo bastante para sacar tu nave de los astilleros.

Joe se quedó sin habla y con la boca abierta. Muy cerca tenía a Hunt que daba cabriolas de alegría. ¿Dónde estaba la tradicional sensatez del zimbaliano? lógicamente Hunt debía gritarle que lo dejara, que no tentara más a la suerte. Pero el ser peludo parecía entusiasmado ante la idea de verle seguir doblando la ganancia. Pensó que allí había algo raro y se formuló una respuesta, que a su entender era la única lógica que cabía.

Se estaba reuniendo a su alrededor un grupo de curiosos. Los números luminosos del marcador despertaban asombro en algunos y envidia en todos.

Joe soltó una carcajada y apretó con fuerza el botón. No parpadeó cuando la banca se tuvo que plantar en diecisiete y el tenía dieciocho. 128.000 créditos en el marcador acarrearon murmuras de incredulidad.

—Dije que el número trece es mi favorito y ésta será la jugada treceava —anunció Joe haciendo caso omiso a los más sensatos del grupo de curiosos que se atrevían a aconsejarle que se retirara.

Fue un clamor lo que se extendió por todo el casino cuando en el saldo a favor de Joe se rebasó el medio millón, 512.000 créditos.

Dos tipos enormes apartaron a empellones a varios espectadores y abrieron un camino que recorrió Cothan. Su rostro estaba rojo y se plantó delante de Joe. Alzó su cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Ahora vas a retirarte? —preguntó tenso.

—¿Quién ha dicho eso? —rio Joe—. Me has oído decir que mi número es el trece, pero resulta que el de esta belleza es el catorce —señaló a Sara, quien hizo una burlona reverencia a Cothan.

Hunt pensó que la chica se estaba pasando. De pronto dejó de llevarse por la euforia, y la sensatez hizo su aparición. Tiró al capitán de la manga y le susurró que retirase tos beneficios, pagase a Cothan los diez mil créditos y se marchasen pitando de allí antes de que el dueño del garito reaccionase y ordenara a sus hombres la recuperación del dinero fuera del local.

Cothan fulminó a Sara con sus ojos entrecerrados. Sus piernas de acero parecían no obedecer las órdenes de su mente y ambas empezaron a golpear arrítmicamente el suelo, parodia de una danza

bufa sin otro acompañamiento musical que las respiraciones alteradas de cuantos asistían a la escena, prácticamente todos los clientes del casino. Allí nadie jugaba ya, excepto Joe.

Joe devolvió la mirada que ahora le dirigía Cothan. Había comenzado a pensar que debía marcharse con aquella pequeña fortuna, que aunque no alcanzaba por poco para rescatar su nave de las gradas, le podía hacer concebir cierta esperanza de que le permitieran cubrir la factura con un pequeño crédito.

Pero Cothan seguía mirándole con una mezcla de desafío y miedo. Seguro que si ganaba . la siguiente apuesta aquella noche sería comentada en la ciudad durante muchos años y bastante gente se reiría de la cara que tenía en aquel momento el temido Cothan.

Conseguir poner en ridículo a Cothan merecía la pena de perderlo todo, absolutamente todo, pensó Joe hundiendo el botón con su puño cerrado, como queriendo advertir al enano que serían sus manos grandes y poderosas las que dispondría más tarde para defender su vida.

En todo el casino no se escuchó absolutamente nada durante los siguientes segundos, excepto el suave murmullo de la máquina en funcionamiento. la multitud se tragó sus ganas de soltar exclamaciones cuando comprobó que Joe tenía sólo dieciséis y la banca mostraba un tenebroso as de picas.

Joe sintió que algo se hundía bajo sus pies. Como procedente del infierno le llegó una risa burlona, la de Cothan.

La siguiente carta de la máquina fue un cinco, luego un diez y un hermoso seis para Joe fue la marca del naipe definitivo.

La gente necesitó de casi medio minuto para lograr reaccionar. la mayor parte lanzó gritos y aplaudió, mientras que los menos maldijeron la buena suerte del jugador de la barba roja. Desde entonces se conocería en la ciudad aquella noche como la de Barbarroja el Afortunado.

Para Joe valía el premio final tanto como la satisfacción que sentía al contemplar la palidez cadavérica de Cothan.

—¿Sigue jugando, señor? —preguntó la voz impersonal de la máquina.

—Vete a la chatarrería, máquina de mierda —rió Joe tomando

la mano de Sara y obligándola a pulsar la tecla que debía entregarle el premio—. Te lo mereces, preciosa —le guiñó un ojo—. Me has traído suerte.

Pero en seguida Joe tuvo que soltar un juramento de rabia. Por la ranura no salió una sola moneda. Se revolvió contra Cothan y le espetó:

—¿Qué significa esto?

Los dos matones cubrieron los flancos de su pequeño jefe y ambos hundieron las manos dentro de sus trajes. Rápidamente, Cothan, después de observar un círculo hostil a su alrededor, las caras que ya empezaban a gritarle mentiroso y tramposo en silencio, se apresuró a decir en voz muy alta:

—Los premios superiores a cien mil créditos se pagan en la caja —miró a Joe como si le estuviera apretando los testículos—. Ven a mi despacho y te pagaré.

—Nada de eso —respondió Joe moviendo la cabeza negativamente—. Manda a un lacayo tuyo a por diez certificados de cien mil. Quiero que todos estos amigos vean como cobro, que este casino es honrado y cualquiera con suerte puede ganar.

Cothan comprendió que no tenía otra salida que obedecer y empujó a uno de sus matones. El tipo se abrió paso a golpes y desapareció detrás de la multitud.

—¿Y el resto? —preguntó Cothan con voz rota—. ¿Es una propina para la casa?

—Quiero tos 24.000 créditos restantes en monedas de cien.

—Eso pesa mucho.

—Soy fuerte.

Otro empleado corrió en busca del metálico. Primero llegó el matón con diez tarjetas de platino, que Joe se guardó en un bolsillo después da sonreír mientras las contaba.

Ante la aparición de dos empleados que cargaban con las monedas metidas en sacas, Joe dijo que Cothan se cobrase la deuda más un diez por ciento de interés.

—Eres muy generoso —escupió Cothan que no cesaba de enrojecer y palidecer alternativamente—. Tu deuda estaba libre de interés.

—Lo sé, pero me gusta regalar dinero. Adiós, Cothan. Otro día vendré a jugar, cuando regrese de mi viaje —Joe se inclinó y tomó la bolsa con las monedas, como si ésta apenas le pesara.

El capitán pasó un brazo con delicadeza por los hombros de Sara, y empezó a conducirla hacia la salida. Hunt corrió detrás de ellos sin convencerse todavía de poder salir de allí con dinero y vivo.

Los más impacientes se lanzaron contra la máquina, esperanzados de heredar la buena estrella de Joe Leonard. Apenas el primero obtuvo su premio, Cothan gritó a sus hombres que se desconectase la unidad de juego.

Muchos protestaron, pero la llegada de más guardias armados con porras hizo que se callaran.

Cerca de la salida, Joe se volvió y descubrió a Cothan que susurraba órdenes a un tipo que se inclinaba sobre él. Apenas llegó a la primera puerta, el capitán se detuvo, empujó a sus amigos y arrojó el contenido de la bolsa al suelo.

La lluvia de monedas provocó un huracán de locura entre los parroquianos, que veían en semejante regalo la posibilidad de recuperar las pérdidas de la noche.

Los matones de Cothan que ya se dirigían tras los pasos del hombre pelirrojo, la mujer y el zimbaliano, se vieron zarandeados por la masa frenética y acabaron en el suelo y sepultados por cuerpos forcejeantes y ansiosos por obtener algunas monedas.

La segunda puerta no se abrió pero Joe de una patada destrozó el cierre echado por control remoto y en seguida se encontraron los tres en la calle.

En medio de la gente, Joe abrazó a Sara y le estampó un par de besos en las mejillas. Cuando fue a darle el tercero en los labios, la chica le propinó un puntapié en la espinilla. Joe no sintió mucho dolor, pero la soltó y dijo sonriente:

—Eres una bruja, pero encantadora. Te debo la vida, mi nave, todo...

—¡No soy una bruja! —gritó Sara apretando los puños.

—Por los dioses, jefe, no la enfurezcas; todavía se pone peor si se enfada. Sara no es una bruja, sino una paranormal.

—Me lo imaginé —sonrió Joe—. Y me pregunto cuánto tardará el enano en darse cuenta.

CAPITULO III

Aquella noche no durmieron. Se escondieron en un restaurante que no cerraba en todo el día, tomaron mucho café y algunos bocadillos. Aunque Joe Leonard insistió en que Sara aceptase la mitad de lo ganado o al menos una buena parte, ella se negó.

—Odié siempre la forma fácil de conseguir dinero —dijo ante el asombro de Joe—; pero en esta ocasión tú te merecías una satisfacción y Cothan un castigo.

—¿Cómo lo hiciste? Debes ser una jugadora experta de Black Jack…

—Mientras te observaba, Hunt me explicó las reglas. Esperé que la tolva barajase y me limité a colocarlas de manera que siempre ganaras.

Joe palideció. Necesitó un trago de café.

—¿Y si te hubieras equivocado?

Sara ladeó la cabeza.

—Creo que para la jugada número catorce me quedé en la duda si había colocado bien las cartas. En realidad me parece que no dispuse nada a tu favor para ésta.

La taza de Joe resbaló de sus dedos y cayó vacía sobre el platillo.

Sara soltó una carcajada.

—Es una broma Estaba controlada toda la baraja, hasta el último naipe.

—Ella es así —suspiró Hunt. Su metabolismo no le permitía ingerir los mismos alimentos que los terrestres, en aquel inmundo restaurante no había comida para un zimbaliano y él se había aburrido viendo comer y beber a sus compañeros.

—¿Por qué quieres venir conmigo, preciosa? —preguntó Joe mientras llamaba a la camarera y le pedía una botella de coñac de una marca muy cara y escasa.

—Revisé las rutas de las naves que tenían proyectado partir durante la próxima semana y la tuya era la que más me convenía.

—¿Qué motivos tienes?

—Ella busca a Lorenzo —dijo Hunt. Se llenó un vaso de brandy. Era lo único que le gustaba de las costumbres humanas, aunque no le venía muy bien para su organismo. Pero el maldito viejo que una vez tuvo como compañero de viaje le había metido el vicio en el cuerpo.

—Ah, conozco a Lorenzo. ¿Qué ha sido de él?

—No lo sé —respondió Hunt—. Hace tiempo partió para un destino desconocido. Jamás se supo de él.

—Es posible que fuera a algún planeta incluido en tu ruta, Joe — dijo Sara.

El capitán Leonard bebió todo el coñac de un trago y se dedicó a llenarse otra vez el vaso. Asintió varias veces y dijo:

—Lorenzo merece ser envidiado.

—Gracias. ¿Es Aligastair tu primer destino?

—Sí.

—No sé. mucho de Aligastair, pero tengo entendido que es un mundo difícil en cuestión de aduanas.

—¿Difícil? —rió Joe—. Los aduaneros son los más ladrones y sinvergüenzas de toda la galaxia.

—Entonces, ¿por qué quieres ir allí?

—Tengo en un almacén del astropuerto una mercancía que allí puedo vender muy bien, con un margen insólito de beneficios.

—Eso significa que está en la lista de lo que es prohibido importar en Aligastair, ¿no?

—Perdona, pero eso no es asunto del capitán. Las riesgos son míos. Quiero mantener al margen a la tripulación.

—Como quieras. ¿Cuándo conoceré al resto de la tripulación?

—El Salón no requiere mucha gente. Aparte de nosotros vendrá un tipo que nos sirve para todo. Es mecánico, cocinero, enfermero e intérprete cuando nos falla el traductor mecánico. Se llama Grosvenor y me parece que nació en la Tierra. Te gustará, Sara —concluyó Hunt.

—Si a ti te gusta...

—No del todo —resopló Hunt—. Cocina pésimamente los típicos platos de Zimbala.

Fuera empezaba a amanecer y Joe dijo con impaciencia:

—Es hora de ir a los astilleros —se palpó el bolsillo donde guardaba los créditos—. Los obligaremos a que coloquen al Satán en los muelles esta misma mañana.

No fue fácil conseguir que la nave saliera de la grada y llevada al astropuerto gracias a la tracción de veinte poderosos tractores, pero la persuasión de Joe y sus puños nerviosos lograron de los directivos tal proeza.

Antes del mediodía, el Satán, reluciente y flamante,

quedaba anclado en un muelle alquilado precipitadamente.

Sara conoció a Grosvenor. Se trataba de un humano alto y delgado, todo huesos y piel. En seguida comprendió que era un introvertido y escaso hablador. Siempre parecía estar a punto de caerse al suelo vencido por un sueño poderosísimo.

Unos gritos a tiempo dados por Joe parecieron despertarlo y

Grosvenor empezó a actuar con una rapidez y energía que Sara no fue capaz de imaginar.

Leonard se ocupó de proveer la nave de comida, agua y todo cuanto era preciso para el largo viaje. Por parte de los suministradores todo fueron facilidades, entusiasmados ante la seguridad de cobrar en efectivo. En toda la ciudad se había corrido la voz de su buena suerte en el casino la noche anterior.

Hunt firmaba los albaranes de entrega, pasaba y gritaba a los operarios contratados para que metieran las mercancías con rapidez, prometiéndoles una prima si lo conseguían en un tiempo récord. Sara se sentía como una inútil e iba de un lado para otro.

De pronto, un operario se acercó a ella y le susurró mientras miraba a sus espaldas con recelo:

—Si aprecia su vida no se quede aquí cuando nosotros nos vayamos, nena.

—¿Qué quiere decir?—preguntó antes de que el hombre se marchara.

—Además de bonita, por lo cual es una pena que sufra el menor daño, usted fue amiga de Lorenzo. Por eso le advierto que no debe quedarse en la nave.

—Explíquese.

—No me obligue a decirle más. ¿Acaso se ha olvidado de lo que hizo anoche con Cothan?

—Entiendo. ¿Ya sabe él que yo...?

—Tiene sospechas. Acabará encontrando a alguien que le diga lo que usted es capaz de hacer cuando las circunstancias despiertan brutalmente sus poderes paranormales.

Sin más, el hombre se retiró. Sara no volvió a verlo más. Los operarios se marcharon y ella se quedó mirando al astropuerto desde la entrada de la nave.

Al poco rato llegaron unos camiones que descargaron muchos fardos en la nave» arrojándolos por la rampa que conducía a las bodegas. Desde el suelo, Joe saludó a Sara agitando las manos.

Apareció Hunt. Llagaba del puente de mando y dijo eufórico:

—Dentro de cinco horas podemos partir. Ya tengo la conformidad de la torre de control.

Sara no le dijo nada. Se guardó para ella la confidencia del hombre. Tal vez estuvieran en el espacio antes de que Cothan intentase algo contra ellos. ¿Para qué alarmar a sus compañeros?

Joe subió rebosante de alegría. Cuando Sara lo conoció la noche anterior no pudo sospechar que un hombre sonriera tan a menudo. Reía por cualquier cosa, daba palmadas y brincaba por los pasillos, recorriendo la nave y comprobando que ésta había sido remozada espléndidamente en los astilleros.

Grosvenor entró bostezando y dijo que por su parte todo estaba a punto. Como tenía tantos cometidos, Sara sospechó que un hombre solo no podía desarrollar tanto trabajo, pero cuando se lo confió a Hunt escuchó decirle al zimbaliano que Grosvenor era un portento cuando empezaba a trabajar en firme.

—Te ocuparás del puesto de copiloto —le dijo Joe

caminando por el corredor principal en dirección al puente.

—Revisaré las compuertas y las cerraré —dijo el

zimbaliano.

Aquello le pareció magnifico a Sara. Cerrada a cal y canto la nave, ellos estarían seguros. Si Cothan tenía proyectado algo en su contra se quedaría chasqueado, dando saltos con sus piernas artificiales de metal y mordiéndose los puños.

En el puente de mandos ayudó a Joe a revisar cada rincón del navío. El capitán le confió:

—Jamás verás una nave comercial tan magnífica como ésta —rió—. Creo que los dueños de los astilleros se llevaron una gran desilusión cuando nos presentamos en sus oficinas y pagamos la reparación, porque ellos ya soñaban quedarse con el Satán y luego venderla a un buen precio.

—¿Qué tiene de particular?

—Algunas sorpresas. —Señaló unos botones de comprobación

que parecían colocados en un rincón del panel más como adorno que otra cosa—. Puedo sacar del fuselaje dos baterías láser cuando se me antoje.

—¡Pero está prohibido que un mercante navegue artillado!

—¿Crees que no lo sé? Mi anciano padre mandó construir esta nave en un mundo lejano y el quiso que dispusiera de armas. Ni siquiera los del astillero han logrado descubrir el camuflaje, los muy cretinos. Pero admitamos que han hecho un buen trabajo. Han dejado este querido trasto capacitado para navegar durante muchos años más. Mereció la pena pagar sin rechistar.

—¡Jefe, el inspector sanitario pide subir a bordo! —tronó la voz de Hunt por el comunicador.

Joe arrugó el ceño.

—Creí que habíamos arreglado ese asunto también...

—Al parecer queda pendiente un detalle sin importancia.

—¿Qué detalle?

—No sé, me parece que el tipo de sanidad dice que algunos alimentos que compraste están incluidos en una lista que poseen para ser destruidos. Por nuestra seguridad debemos desprendemos de ellos.

—Espero que esto no nos retrase —gruñó Joe levantándose de mala gana del sillón—. Por favor, Sara, ocúpate de acabar con la revisión de rutina, pero presta atención a la bodega número cinco; siempre me ha dado problemas su hermeticidad.

—Lo haré, vete tranquilo.

Durante los siguientes minutos, Sara terminó el trabajo. La bodega número cinco no iba a causarles problemas. Lo grabó todo en el libro de bitácora y se acomodó en el asiento. Sólo podía esperar.

Escuchó pasos a sus espaldas y preguntó sin volver la cabeza:

—¿Todo listo, jefe?

No oyó la respuesta y estaba a punto para volverse cuando oyó un silbido y a continuación el aire que la rodeaba le supo extraño. Vio el humo y captó algo dulce en su garganta al respirar.

Se levantó, sabiendo de antemano que quien había entrado en el puente no era Joe Leonard. Se encontró frente a un desconocido que sostenía en una mano un spray y en la otra una pistola pequeña. En seguida lo identificó como uno de los matones de Cothan.

—Quieta, linda —sonrió el hombre. Llevaba un filtro colocado en la boca y su voz sonaba profunda.

Sara se sintió aturdida. Comprendió que había respirado algún tipo de gas que la debilitaba por momentos. Intentó escapar de la zona donde todavía flotaba el anestésico o lo que fuese.

—Quieta ahí —le advirtió el hombre, guardando el spray, pero moviendo su pistola.

—¿Vas a matarme?

—Nada de eso. Ese gas no mata. Mi jefe lo buscó y pagó caro por él. Le aseguraron que atontaría al más poderoso paranormal.

El hombre había hablado sin mucha convicción. Tenia miedo en sus ojos. Debía temer que la eficacia del producto no fuese total y él podía en cualquier momento ser lanzado contra la pared más próxima y su cráneo romperse por impulsos de la mente femenina.

Ahora convencido, sobre todo por la expresión de desaliento de Sara, de que no tenía nada que temer, empezó a sonreír, se sintió cruel y dijo:

—Cothan te quiere viva para que pagues el ridículo que le hiciste pasar la otra noche. Será divertido, de veras.

Sara estaba convencida de la bondad del gas. Su mente era una confusión y su debilidad iba en aumento. Si no salía pronto de la . nube que la rodeaba acabaría desmayada en el suelo. El hombre se mantenía a más de cinco metros de ella, esperando acontecimientos.

Para no caer, Sara se apoyó en el sillón. Sus dedos rozaron los botones diminutos situados en el extremo del brazo y luego sus ojos recorrieron el camino de las guías. El hombre estaba colocado sobre éstas. Ella apretó el botón adecuado y el sillón saltó a toda velocidad, trasladándose el otro lado de las guías después de propinar un tremendo golpe al tipo de la pistola. Sara, antes de que su enemigo se recuperase, sacó fuerzas de flaqueza, de dos saltos se colocó frente a él y le asestó un puntapié en la mandíbula. Se oyó un chasquido escalofriante a huesos rotos y el matón cayó de bruces.

Sara resopló, se limpió el sudor de la frente y se agachó para recuperar la pistola. Después de asegurarse de que el sicario de Cothan estaba definitivamente fuera de combate, pasó sobre su cuerpo y salió del puente, no sin antes comprobar que no había ningún otro enemigo en el pasillo.

En la siguiente estancia estudió las pequeñas pantallas de televisión. Cada una enfocaba una sección importante de la nave. La que vigilaba la antesala de la cabina de presión le mostró a varios hombres.

Joe tenía la cara tan roja como su barba, mientras Hunt mostraba un gracioso erizado de su pelambrera. No era para menos. Tres tipos les encañonaban con sus armas, y uno de ellos era el grotesco Cothan.

Sara se detuvo allí para pensar. Temía que los efectos des gas durasen demasiado. No podía confiar en recuperar sus poderes, que en tales circunstancias de excitación y enfado debían ser muy poderosos. Ah, pobre de Cothan y sus matones de no estar ella mermada y convertida en una mujer corriente, pensó mientras estudiaba el arma arrebatada al hombre desmayado y roto en el puente.

Era una simple pistola lanzadora de dardos energéticos, algo simple pero eficaz para una lucha en escenarios reducidos.

Con el arma fuertemente amartillada corrió por el pasillo central y en pocos instantes estuvo en la esquina que conducía a la antesala ahora demasiado concurrida por tos intrusos, Joe y Hunt. ¿Dónde estaría Grosvenor?, se preguntó.

Asomó media cabeza y entonces vio al terrestre delgado y altísimo llegar desde el otro lado del pasillo. Caminaba silbando una canción de moda en los muelles y de pronto se detuvo, muy sorprendido ante los visitantes.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Cothan.

—Soy ciudadano terrestre, con todas mis categorías y privilegios en vigor —protestó Grosvenor adelantando el mentón.

Cothan lo despreció con un gesto y se volvió hacia Leonard.

—Vas a devolverme el dinero que me arrebató la fulana que te ayudó a despojarme la otra noche, barba de fuego del infierno.

—Ya no queda un solo crédito —replicó Joe encogiéndose de hombros—. Todo lo gasté en pagar la factura de los astilleros.

Cothan lanzó una maldición. Pronto recuperó su sonrisa ladina y dijo:

—Entonces me firmarás una cesión en regla de la nave.

—Estás loco si crees que voy a hacerte caso —rió Joe.

—Puedo dejarte convertido en una piltrafa, pero también tengo otro plan. ¿Te gusta la chica paranormal? Ahora ella no es nada, una simple hembra asustada sin sus poderes. Cuando me la traiga el hombre que envié a dominarla la veras llorar por su vida. A ella le tengo reservado un destino muy divertido. ¿Qué te parece que le queme el rostro poco a poco?

Joe emitió un rugido de fiera herida que hubiera envidiado un león. Tuvo la intención de lanzarse contra Cothan, pero el cañón de una pistola láser se pegó a su boca y le obligó a retroceder. Detrás del arma había un hombre cuya expresión delataba que tenía muchas ganas de apretar el gatillo y volarle la cabeza al capitán.

Pero el impulso fallido de Joe distrajo a los falsos inspectores sanitarios y fue el momento que eligió Sara para intervenir. Sin embargo, Grosvenor se le adelantó y ella se quedó quieta y sorprendida ante la acción del aparente enclenque terrestre.

Grosvenor emitió un aullido y sus piernas se convirtieron en molinetes que golpearon a los matones y a Cothan, las armas de éstos volaron de sus manos. Entonces Sara saltó a la antesala, se precipitó sobre el cuadro de mandos y apretó el dispositivo que abría las compuertas.

Joe agarró a un matón por los brazos y lo utilizó como ariete para arrojar a su compañero y a Cothan dentro de la cámara de presión. La segunda puerta también estaba abierta y detrás de ella bajaba la rampa hasta la superficie del muelle.

Los dos guardaespaldas rodaron por la rampa, pero Cothan, rugiendo de rabia, se revolvieron lanzando puntapiés. Joe sabía que si era alcanzado no lo contaría. El acero de las prótesis eran ahora armas mortales. Estiletes que expulsaban ácido corrosivo habían surgido de las punteras de los pies de acero y uno de éstos pasó muy cerca de las barbas de Joe, tanto que algunos pelos quedaron chamuscados.

De nuevo actuó Grosvenor con la rapidez del rayo. Se tendió en el suelo y golpeó por detrás a Cothan. El hombrecillo resbaló y cayó de espaldas. Sara hizo que las compuertas empezaran a cerrarse, creyendo que Cothan se dejaría caer por la rampa antes de que dejarse atrapar..

Pero Cothan estaba demasiado enfurecido y sólo se percató del cierre de las dos hojas de acero cuando ya estaban muy cerca. Quitó las manos del suelo, pero no le dio tiempo a retirar sus piernas. Horrorizado sintió que una fuerza muy poderosa las mantenía inmóviles sobre las dos hendiduras por las que debían pasar las pesadas puertas.

Los bloques de acero se unieron y dentro de la cámara quedaron las dos piernas de acero de Cothan, limpiamente cercenadas a la altura de los muslos. Dos centímetros más arriba y le hubieran lamido la misma carne que se unía con el metal.

Sara encendió rápidamente una cámara que enfocaba al exterior y todos contemplaron a Cothan rodar como un pelele por la rampa y acabar siendo recogido al final por sus dos guardaespaldas. Luego tos tres, siendo cargado el mutilado hombre con pocos miramientos, desaparecieron del muelle.

Joe soltó una carcajada. Grosvenor dijo solemnemente que debía volver a la cocina. Hunt dejó de tener erizada su pelambrera y se dejó caer en el suelo, resoplando ruidosamente.

—Arriba queda un tipo inconsciente —dijo Sara—. Será mejor arrojarlo también fuera.

—Desde luego ése no tuvo ocasión de dejarte sin poderes, preciosa —dijo Joe.

—Me temo que sí, pero al final pude sujetar mentalmente a Cothan y estropearle sus costosas piernas. Ahora deberá encargar otras.

—Ya no se atreverá a volver —afirmó Joe—, Saquemos a ese sinvergüenza y esperemos el momento de partir —dio una palmada a Sara en el trasero y exclamó—: Tú y yo vamos a hacer grandes cosas, seguro.

Joe tuvo que salir corriendo para evitar la reacción convulsiva de Sara. No se detuvo hasta que llegó al puente y allí se dijo que para otra vez no enfurecería a la chica. Tenía que reconocer que su cara



enrabietada era para asustar a cualquiera.

CAPÍTULO IV

El Satán se elevó del astropuerto a la hora prevista, se alejó varios millones de kilómetros del planeta y tras alcanzar el margen de seguridad se hundió en el hiperespacio.

Los dos primeros días transcurrieron a bordo muy apacibles. La tripulación vigilaba los controles, dormía, se alimentaba, descansaba y hacía deportes cuando le apetecía. Las guardias se ajustaron en cuanto al horario a expensas de las costumbres de Hunt, ya que el ser de Zimbala advirtió a sus compañeros que entraba en su período de recuperación de energía, como él lo llamaba, y la primera jomada la dedicó a tal menester y no pudieron contar con su ayuda.

Sara, una vez regulados los tumos de vigilancia rutinaria en el puente de mando, preguntó en una ocasión a Joe Leonard si ella podía enterarse de una condenada vez de la clase de mercancía que llevaban en la bodega para venderla en Aligastair. El capitán se limitó a mirarla, a sonreírle y terminó diciéndole que se lo diría cuando estuvieran a punto de descender en su primer destino, no antes.

—Antes quiero revisarla, preciosa. Además de mercancía para Aligastair, llevamos más para los otros mundos de la ruta, pero la principal la venderemos en ese antro de ladrones.

Grosvenor volvió a su apatía y Sara pensó que le parecía imposible que un tipo de movimientos tan lentos hubiera podido

luchar con la pericia que ella te viera hacerlo para deshacerse de los matones de Cothan.

Hunt, tras su prolongado descanso a lo largo de casi veinte horas, parecía lucir un brillo más joven en su piel sedosa, se mostraba más alegre y gastó bromas.

Joe lo vio pasar por un pasillo y lo agarró por los pelos, lo rodeó con sus fuertes brazos y lo acunó como si de un niño se tratara. Después de depositarlo sobre la mesa del comedor, le preguntó amistosamente:

—¿Me harías el favor de hablarme de Sara?

Hunt se puso en guardia, emitió una imprecación, se bajó de la mesa y ocupó una silla cercana. Estaba enfadado. No te gustaba que te tratasen como a un muñeco de trapo, que era lo que solía decirle el capitán a veces, además de cobarde y otras lindezas cuando el barbarroja se encrespaba.

—¿Para qué quieres saber de Sara?

—Porque me encanta esa criatura, pero al mismo tiempo me da un poco de miedo. Cuando me hablaste de sus virtudes y pecados mencionaste algo que podía hacerme pensar que ella es un poquito ninfómana. Querido Hunt, ¿por qué me mentiste?

Entonces Hunt se percató en los dos ligeros arañazos que luda Joe en su mejilla derecha. Comprendió lo que le había pasado con Sara y reprimió sus ganas de reírse. La chica lo había mantenido a raya, sin duda.

—La ninfomanía no es su estado constante, jefe. Lamento haberme olvidado decirte que es voluble.

Joe cruzó los brazos y retrocedió un par de pasos para contemplar al zimbaliano.

—¿Y no sabrías calcular cuándo ella dejará de ser fría y se mostrara más cariñosa?

Ahora Hunt no pudo evitar soltar su peculiar carcajada.

Saltó de la silla y se dirigió a la salida. Dijo antes de alcanzar la puerta:

—Jefe, ojalá siga ella así durante mucho tiempo. No es que me importe porque por mucho furor sexual que la embargue yo no seré blanco de sus deseos, pero tú y Grosvenor lo lamentaríais al cabo de pocos días.

—No hay mujer que consiga agotarme, condenado —le gritó Joe.

Y como no tenía nada que hacer se dedicó a pasear por los pasillos. Aunque él creía que lo había hecho inconscientemente, sus pasos le llevaron a propósito hasta la puerta del camarote de Sara. No estaba cerrada. Se acarició los arañazos. Sonrió y asomó la cabeza.

No vio a Sara, pero escuchó el rumor del agua de la ducha. Acabó entrando en el camarote y observó el plástico esmerilado. Al otro lado estaba ella. Su silueta se recortaba deliciosa, borrosa pero sugestiva.

De pronto el ruido del agua cesó y la hoja de plástico se corrió a un lado y Sara salió.

Joe ya tenía adoptada una postura indolente, pero tan extremadamente indiferente que la chica advirtió en seguida cuán falsa era. Ella pudo apreciar el bailoteo de los ojos del hombre ante su presencia desnuda.

Pero Joe vio algo que rompió su aparente indiferencia. Sara llevaba oculto su cabello por un gorro de baño, pero al quitárselo y dejar que su pelo de fuego cayese como llamas lánguidas, él ya sabía su condición de pelirroja porque había descubierto el color de cobre y rojo de su vello púbico.

—¿Sorprendido de verdad? —sonrió Sara. Tomó una toalla y se dedicó a secarse el cuerpo.

—Creí que eras de pelo según la moda, esa moda horrible que prefiere usar el amarillo y el verde, mezcla inadecuada en cualquier mujer —respondió Joe.

—De todas formas no podía ser el mío, ¿no?

—Cierto, pero jamás pensé que fueras...

—¿Pelirroja como tú? Precisamente me lo teñí cuando Hunt me dijo que tú eras muy notorio por tu barba de sangre. No quería hacerte la competencia ni que la gente hiciera chiste a nuestra costa,

llamando a esta nave cosas ridículas.

Joe ladeó la cabeza al preguntarle:

—¿Es que vas a volver a ensuciarte ese lindo cabello ocultándolo debajo de colores chillones e inapropiados?

Ella negó con la cabeza.

—Supongo que no; ya no tiene importancia. Es que también creí que te sentirías celoso no siendo el único que luciera a bordo fuego en la testa.

El capitán se aproximó con movimientos felinos pese a su corpulencia. Intentó pasar un brazo alrededor de la cintura de Sara, con la intención indudable de despojarla de la toalla. Dijo:

—No necesitabas desplazar tus llamas para encender mis deseos todavía más, gatita...

Sara echó atrás la cabeza. Miró a Joe fijamente a los ojos. El hombre presintió que ella iba a caer allí mismo porque no notaba ninguna tensión en el cuerpo húmedo que sostenía.

—Estoy pensando...

—No pienses y déjame a mí.

—Pensaba que tú deseas besarme. ¿Me equivoco?

—Me encanta la gente que adivina los pensamientos

convenientes.

—También que vas a pellizcarme el trasero mientras lo haces.

—Si te complace...

—Oh, sí.

Joe la pellizcó antes de besarla. Ni siquiera tuvo el consuelo de hacerlo al revés. Al menos hubiera saboreado un poco los labios de ella. Pero al apretarle las carnes a través de la toalla fue como si hubiera conectado un reactor. El cuerpo tan próximo al suyo se envaró, como transformándose en acero y él se sintió repelido de ella mediante una fuerza enorme.

El capitán rodó por el suelo, salió a través de la puerta y se quedó sentado en el pasillo, viendo desde allí, atónito, cómo Sara se reía de él antes de cerrarle la puerta.

—Maldita bruja… —masculló levantándose y restregándose la espalda.

Más tarde preguntó a Hunt:

—¿Por qué lo hizo? —No tuvo más remedio que explicarle con detalles lo sucedido—. Primero me alentó y luego…

Hunt apenas podía contener la risa: Joe lo maldijo. Aquel truhán tenía que haberse despertado precisamente en el momento justo para oírle a él su fracaso al zimbaliano.

—Jefe, esa chica es un torrente cuando alguien la toca sin ella desearlo. Con tu pellizco pusiste en marcha su furia. Es una paranormal muy extraña. Necesita motivaciones para captar la energía de su mente y usarla. Recuerdo que en cierto planeta…

—No me cuentes nada más de ella —rugió Joe—, Me olvidaré de su presencia a bordo.

Al poco rato entró en el comedor. Sonrió a todos y especialmente a Joe, quien le volvió la espalda y se ocupó de su taza de café.

—Hola, amigos —dijo ella mientras ordenaba su comida a Grosvenor.

Se sentó junto a la gran mesa redonda y comió durante un instante. Con la boca llena, preguntó:

—¿Cuándo llegaremos a Aligastair?

—Mañana —respondió Hunt

Ella soltó la cuchara y miró a Joe.

—Jefe, he revisado la mercancía y debo decirte que estás loco si con ella piensas hacer negocios con los nativos. Lo más probable es que acabes en la cárcel y tu nave decomisada.

—¿Con qué derecho has estado curioseando? —preguntó Joe con el semblante tan rojo como su barba y cabellos.

—De todas formas ibas a decírmelo, ¿no? Lo prometiste. Dijiste que lo harías cuando estuviéramos a punto de descender. Además, ellos lo saben. ¿Por qué no yo también?

—Está bien. ¿Qué tienes que objetar?

—¿Has estado alguna vez en Aligastair?

—No.

—Eres delicioso. ¿Quién te aconsejó? Seguro que es tu enemigo el que te dijo que debías intentar vender Unidades de energía en Aligastair.

Joe dio una tremenda palmada en la mesa y rompió a reír.

Hunt también emitió su singular risa y Grosvenor rió entre bostezo y bostezo.

CAPÍTULO V

Aligastair.

Un mundo perdido en el conglomerado estelar del Borde, uno más de los muchos planetas que se resistían a la integración del Orden Estelar. Descendientes de las poblaciones con resabios imperialistas y déspotas, los dirigentes de Aligastair solían ponerse enfermos cuando alguien les nombraba la Tierra y todo cuanto a ella oliera.

Por suerte para Joe Leonard, el Satán estaba matriculado en Tabugarda y cuando envió un mensaje a Aligastair solicitando permiso de acercamiento sólo necesitó esperar tres horas para obtenerlo.

—Hemos tenido suerte —suspiró mirando a Sara—. A veces hacen esperar a los cargueros varios días, obligándolos a orbitar su asqueroso mundo.

—Me dijiste que no estuviste antes en Aligastair. ¿Cómo sabes tanto?

El capitán se volvió. La miró. Contuvo la respiración mientras se lamentaba mentalmente de no haberse podido acostar con ella. Lo lamentaba profundamente.

El viaje hubiera resultado más llevadero teniéndola entre sus brazos. Acabó suspirando y respondió:

—Todo el Borde está plagado de mundos como Aligastair, nena. Se parecen tos unos a tos otros como gotas de agua en lo que concierne a su corrupción y malos modos. Cuando se ha visitado uno y se ha adquirido experiencia en el trato con sus aduaneros es como si se hubiera estado en todos. Además dispongo de buena información... y de mi experiencia.

—Creo que buscas el riesgo. ¿Masoquista?

—Además de beneficios deseo obtener la satisfacción de engañar a tipos que se creen más listos que nadie. No todo es materialismo, preciosa.

—¿Vamos a descender en el astropuerto de Agarla?

—¿Dónde si no? Es la única ciudad medio decente que hay en Aligastair.

Suave y hábilmente, la nave atravesó las capas atmosféricas y sobrevoló un gran continente, cayendo casi en picado sobre una parte de la costa, luego remontó el vuelo, captó la onda del radiofaro y a muy poca velocidad alcanzó el astropuerto y se posó sobre un resquebrajado disco de cemento armado.

El Satán se quedó inmóvil y una torre de sustentación se deslizó sobre guías de acero hasta colocarse a su lado, se lanzaron los anclajes y la nave quedó asegurada mediante una maniobra torpe y nada coordinada.

Joe soltó una maldición.

—Y luego nos cobrarán una fortuna por gastos de puerto. ¡No saben trabajar!

Hunt vigilaba el exterior a través de una pantalla de televisión y anunció:

—Jefe, ya se acerca el coche de los aduaneros. No me negará que en esto son diligentes.

El capitán se asomó a la pantalla.

—Se acercan como aves de rapiña. Seguro que todos piensan ya en la tajada que sacarán. Voy a bajar a recibirlos con todos los honores que se merecen.

Sara dijo que quería ir con él y Joe se limitó a encogerse de hombros como toda contestación.

Ella lo siguió corriendo, para no quedarse rezagada Las zancadas de Joe eran considerables.

El dueño del Satán se arregló su guerrera, carraspeó y adoptó una postura gallarda ante la compuerta. Cuando ésta se abrió y aparecieron tres hombres vestidos de negro, de piel pálida, siendo nota común en todos su asombrosa delgadez, Joe avanzó dos pasos y con un gesto les invitó a entrar.

Los aduaneros penetraron en la antesala con ademanes que indicaban que no necesitaban permiso para irrumpir a bordo. Miraron a todas partes y uno de ellos agitó su nariz como si también quisiera captar el olor del ambiente.

—¿Capitán Leonard? —preguntó el aduanero que llevaba en las hombreras de su austero uniforme una estrella de ocho puntas sobre un rectángulo amarillo.

—A sus órdenes, señor...

—Soy el inspector Vul-Ar. Estos son mis ayudantes Dor-Tal y Mir-Jel.

—Encantado, señores.

Vul-Ar giró la cabeza y se quedó mirando a Sara.

Su gesto impenetrable sufrió un cambio súbito y le dedicó una observación larga. Tanto Joe como la chica se percataron de que Vul-Ar había sido herido por la belleza de la tripulante.

El inspector tosió discretamente, consiguió apartar la mirada de Sara y preguntó a Joe:

—¿Es la primera vez que llega a Aligastair, capitán? —Todavía estaba asintiendo Joe con la cabeza cuando añadió—: Confío que su bisoñez no sea un impedimento para que traiga consigo todos los requisitos legales. Nos anunció desde el espacio que su intención es la de comerciar.

—Así es.

—En tal caso debemos proceder con las leyes. Ante todo debe

llevamos a la bodega.

—Síganme.

Siguieron al capitán por los pasillos hasta la entrada de la bodega. Mir-Jel se había quedado de guardia en la salida del Satán y Dor-Tal siguió a su jefe. Ante la puerta cerrada, se llevó la sorpresa de oírle decir:

—Dor-Tal, proceda.

Y el ayudante procedió a colocar un precinto en la puerta.

—¿Es la ley? —preguntó Joe, diciéndose que el inspector le iba a contestar con una ironía.

Pero Vul-Ar no debía ser un hombre nada aficionado a las bromas. Hasta pareció ofenderse por la pregunta de Joe, que debía considerarla como fuera de lugar, pues con voz solemne dijo:

—Es una de ellas, capitán. Ahora que su mercancía está bajo control le ruego que me muestre el manifiesto.

Joe se encogió de hombros y echó a caminar por el pasillo ascendente, hasta llegar a su despacho, cuya puerta abrió y se echó a un lado invitando a entrar antes a los dos nativos.

—Siéntense, por favor —dijo mordaz cuando los aduaneros ya se habían acomodado en sendos sillones frente a la pequeña mesa de trabajo de Joe.

Vul-Ar miró con desagrado la tosca organización reinante. Hizo un comentario al respecto que Joe simuló no oír. Ocupó el sillón que le correspondía y de soslayo contempló a Sara, que de pie y con los brazos cruzados permanecía muy seria.

Joe empezó a sacar papeles, muchos papeles. Sara pensó que en las carpetas había más de los que las leyes de Aligastair podía exigir.

El inspector, bizqueó, asombrado. Contempló los legajos colocados delante suyo y abrió el primero. Empezó a pasar las hojas y muy pronto levantó la mirada para decir al capitán:

—Están escritos en un idioma desconocido para mí. —Arrojó los papeles—. Por los dioses, capitán Leonard, ¿cómo es que no lleva todo registrado en el ordenador?

—De donde procedo, Tabogarda, la técnica no es muy sofisticada, señor. Lo siento. Pero puede preguntarme lo que sea que yo le pondré al corriente al instante.

—No es corriente este procedimiento...

—Entonces, haga traer a un intérprete.

—Que usted tendría que pagar.

—Si no hay otro remedio...

—Está bien. Dígame de qué se compone su carga.

—Algo de sedas de Altair.

—Está prohibida su importación —dijo Vul-Ar con gran satisfacción.

—Embriones de flores camaleónicas de Vega.

Sara suspiró levemente. Se preguntó en qué consistía el juego del capitán. Ella había curioseado en la bodega y sabia que allí no había nada de lo declarado por Joe por el momento.

—Esos embriones no pueden ser comercializados porque boicotearían la producción local. Descartado. Debería revisar las normas para asegurarme si no tendría que ordenarle su destrucción, capitán.

—lástima —rezongó Joe—, ¿Cómo podría evitarlo, señor?

—Tal vez pagando una sanción. Le acusaré de haber intentado desembarcarla, pero añadiré en su descargo que hizo confesión de sus propósitos voluntariamente. Eso reduciría la multa a sólo doscientos créditos... Pagaderos en el acto.

Joe echó mano de su cartera y sacó el dinero. Rápidamente, Dor-Tal garabateó en un papel y extendió una copia de la sanción al capitán, que se la guardó sin leerla. Sara sospechó que el recibo no estaba redactado en un documento oficial. Grabó en su mente: Primer soborno.

Joe siguió relatando mercancías que sólo existían en su mente, y recibiendo respuestas negativas y hasta escandalizadas del inspector.

—Es difícil comerciar en Aligastair —suspiró Joe sacando más

dinero para abonar la sexta multa.

Sara llevaba la cuenta. El capitán había pagado hasta el momento mil doscientos créditos. El dinero de los mundos del Orden era lo único que no repudiaban los aligastarianos.

—Lo siento, capitón —sonrió el aduanero—. Debió informarse mejor. Pero podría hacerse algo...

—¿De veras? —preguntó Joe, con tanta ansiedad que Sara se preguntó cómo era posible que los aduaneros no se dieran cuenta de lo mal actor que era.

—Sí. Los juguetes, las sedas y alguna que otra cosilla podría desembarcarlas. Se ve que usted es un hombre honrado, capitán, y no es nuestro deseo de que se vaya descontento de Aligastair, tenga pérdidas y no desee regresar en otra ocasión. Nos gustan los comerciantes emprendedores.

Dor-Tal, hasta entonces callado y sólo ocupado en extender sanciones, dijo:

—Estamos autorizados a permitir la importación de partidas modestas en determinados casos.

—En casos como éste —añadió el inspector.

—Apenas deberá seguir ciertas instrucciones —dijo Dor-Tal.

—Estoy dispuesto.

—Tan pronto como le enviemos el visado, usted remitirá la mercancía al almacén número ochenta. Está regentado por un primo mío y él le tratará muy bien, y el alquiler será muy ajustado.

—No lo dudo.

—Luego deberá ponerse de acuerdo con un importador de toda confianza.

—¿Un primo suyo también? —preguntó Joe cándidamente.

—Mi hermano, capitán Leonard.

—Oh, tanto mejor. Será un honor para mí tratar con él.

—Gracias. El agente Dor-Tal se quedara a bordo para ayudarle.

Supongo que no tendrá inconveniente en abonarle la dieta reglamentada, diez créditos por hora.

—Precisamente iba a proponerle algo parecido, inspector. ¡No sabe cuánto me alegro de que usted se haya anticipado a mis deseos! No sabría qué hacer sin su impagable colaboración.

Los dos aduaneros se miraron, sonrientes. Debían pensar, se dijo Sara, que jamás se habrían encontrado con semejante pardillo.

—Le daremos absoluta prioridad, capitán —dijo Vul-Ar. Por cierto, ¿no se ha olvidado de declarar algo?

Joe arrugó el ceño, se esforzó por hacer memoria y dijo:

—Sí, queda algo. Pero se trata de algo tan corriente que es lógico que se me olvidara. Una cosa así, de comercio tan corriente en todos los mundos del Borde...

—¿De qué se trata? ¿Comida, artículo de lujo?

—Bah, sólo cien bidones conteniendo cada uno diez unidades energéticas.

Los dos aduaneros saltaron de sus asientos y se quedaron con la boca abierta. Luego se sentaron despacio y miraron a Joe como si acabasen de escucharle una blasfemia.

—¿Estás loco, capitán? —preguntó el inspector —No entiendo...

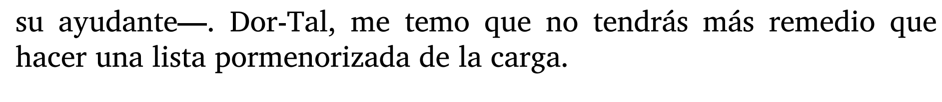
—Señor, señor —exclamó el agente—. ¡Cuánta ignorancia! Por su dios, capitán, ¿pretende hacernos creer que desconocía la prohibición más tajante en importaciones de Aligastair?

Joe se encogió como un niño sorprendido en una travesura.

Sara sintió ganas de reír. Contemplar a un gigantón como Barbarroja en situación tan ridícula no era para menos. Confirmó su creencia de que Joe era un pésimo actor, pero los nativos le superaban en cuanto a sentido crítico.

—Invertí casi todo mi capital en los malditos bidones —gimió Joe—. Estaba tan seguro de que era lo único que podría vender en Aligastair que incluso me entrampé hasta la camisa.

—Sólo pagando fuertes aranceles establecidos lograría introducir en el mercado esas unidades, capitán —dijo Vul-Tar. Hizo un gesto a


su ayudante—. Dor-Tal, me temo que no tendrás más remedio que hacer una lista pormenorizada de la carga.

—No puedo creer que esto sea verdad —lloriqueó Joe. Su gesto patético arrancó una sonrisa burlona de Dor-Tal, quien se detuvo cerca de la salida del despacho para no perderse el hundimiento de aquel hombre que le sacaba una cabeza de estatura, cosa que debía regocijarle muchísimo—. Señor inspector, ¿cuánto debería pagar para vender las unidades energéticas?

—No se lo aconsejaría, señor —dijo Vul-Tar negando con la cabeza—. La economía local es muy sensible en el aspecto energético, un monopolio del gobierno. Comprenderá que no deseamos competidores. Una unidad se cotiza en Aligastair a quinientos créditos según el precio oficial actual.

—Yo las compré a cien —dijo Joe más animado—. Creo que podría conseguir algún beneficio que mitigase la mala operación de las otras mercancías.

—Usted debería pagar seiscientos créditos por unidad y venderla a quinientos —sonrió torpemente el aduanero jefe.

—Es la ley —añadió el ayudante que al parecer había perdido la memoria y ya no se acordaba de inspeccionar la bodega.

—Si vuelvo con las unidades el maldito mercader que me las vendió no me pagaría por ellas ni diez créditos —Joe soltó un ronquido, abrió los brazos y dijo vencido y acabado—: Su peso en la nave me haría consumir más combustible y… No tengo más remedio que dejarla aquí, aun perdiendo;

Sara observó a los dos aduaneros que se sonreían. Ambos granujas se habían salido con la suya: arruinar a Joe Leonard.

CAPITULO VI

Cuando se marcharon tos aduaneros, Sara contempló con pena a Joe. El capitán tenía escondida la cabeza entre los brazos, derrumbado sobre la mesa de su despacho repleta de papeles.

—Ya se han ido, grandullón —dijo la chica.

El capitán levantó la cabeza. Luda una enorme sonrisa.

—¿Te gustó mi representación, encanto?

—Fue deprimente.

—De haber tenido público imparcial me hubiera aplaudido.

—¿Qué pretendes?

—El mayor negocio de mi vida.

—Te dije cuando descubrí en qué consistía la mayor parte de la carga, que estabas loco. Te limitaste a reír, sin explicarme nada. Sigo sin comprender. Esos ladrones te han esquilado, te han sacado dinero de hasta los sobacos. Seguro que las leyes locales no pueden ser tan absurdas como las que ellos han pregonado.

—Y no lo son. Los antepasados de esta población de ladrones no podían ser tan locos. Lo que ocurre es que cada tipo con un poco de

autoridad las interpreta a su antojo.

—El aduanero Dor-Tal se ha instalado en el mejor camarote de la nave —dijo Sara atisbando por la puerta el pasillo.

—No puede ser otro que el mío —sonrió Joe—. Dé jalo. Que se sienta cómodo.

—¿Qué te harán cuando se den cuenta de que no hay otra mercancía que bidones llenos de unidades energéticas?

—Para entonces estaré en el espacio. Digo, estaremos. Dor-Tal me traerá el permiso de importación y lo primero que haré será llevarme bien lejos los bidones del astropuerto, dejando las baratijas al primo o al hermano del inspector Vul-Ar.

—Las cajas apenas contienen una capa superficial del manifiesto...

—Te repito que no se darán cuenta en seguida. Dispondremos de dos o tres días de seguridad. Mi operación pienso hacerla con rapidez. Ellos me dejarán vender las unidades sin intervención porque saben que no obtendrán ni un crédito.

—Joe, las cuentas no me salen. He calculado por encima que esta estúpida operación te costará un millón de créditos.

—No tanto —rió el capitán—. Unos seiscientos mil.

—Te han dejado sin un solo certificado...

—Los recuperaré —Joe tomó a la chica por los hombros y la sacó de su despacho de mala gana. En un pequeño cuarto anexo tenía una litera. Le hubiera gustado retozar en ella con Sara—. Mira, la política económica de Aligastair es tan complicada que ni sus legisladores se entienden. Creo que una vez quisieron arreglar semejante maremágnum y acabaron desistiendo. Por ejemplo, está el asunto de la energía.

Llegaron al comedor y pidieron a Grosvenor café negro.

—¿Dónde está el aduanero?

—Creo que ha encontrado una botella de licor en tu camarote y lo está probando —respondió Grosvenor.

—Estupendo —Joe guiñó un ojo a Sara—. Sabía que acabaría

encontrándola. Su contenido está preparado con una droga suave que la hará dormir. Nos dejará tranquilos hasta que llegue la autorización definitiva. Mientras tanto nos valdremos del permiso provisional y de la palabra del inspector para sacar los bidones.

—Ibas a contarme algo de la economía de Aligastair —recordó Sara a Joe, y aceptó con una sonrisa la taza de café que le entregaba Grosvenor.

—Este condenado planeta se separó del decadente Imperio en la última etapa —dijo Joe soplando en la taza para enfriar su café—. No era entonces gran cosa y sigue siendo una porquería en lo que respecta a la industria pesada. Acabaron siendo mercachifles de tercera categoría. La pobreza se abatía sobre su porvenir, sobre todo debido a su carencia de reservas energéticas. En cambio disponían de minerales ligeros que vendían en abundancia; y lo siguen teniendo y de su exportación logran proveerse de energía, que el gobierno monopoliza y vende a sus súbditos a precios escandalosos.

»Muchos mundos del Borde proveen a Aligastair de energía a bajo coste que el consumidor abona multiplicada por cien su precio. Si la administración dejara de explotar este sistema todo el sistema de recaudación se vendría abajo y esto sería un caos mayor de lo que es en la actualidad.

—Sigo sin captar la onda.

—Espera, preciosa.

—Es que hoy en día es fácil obtener energía a partir de mineral ligero. ¿No has dicho que Aligastair lo tiene en abundancia? Esto es extraño.

—Y mucho. Pero para aprovechar la energía producida por mineral ligero se precisa de un metal muy raro que aquí no hay en absoluto.

—Minaría, la solución milagrosa que evitó el derrumbe social en casi todos los mundos del Borde.

—Eso es. Los proveedores de Aligastair poseen minaría, pero jamás la venderían aquí porque saben que si lo hacen se les acabaría el gran negocio que llevan a cabo con la venta de las unidades de energía.

—Los aligastarianos deben estar muy atrasados

tecnológicamente.

—Nada de eso. Muchos sabrían crearse sus propias unidades si dispusieran de minaría. Por eso los aduaneros son incorruptibles, sólo en el caso de que algún comerciante listo pretendiera introducir en el planeta el metal prohibido. ¿Para qué crees que Dor-Tal se ha quedado? Antes de que caiga inconsciente ya estará seguro de que dentro no llevamos un solo gramo de minaría.

»Sara, este mundo sobrevive porque está basado en la inflación constante y controlada. El dinero local no vale nada. Todo el mundo busca con ansia los créditos del Orden Estelar porque éstos son aceptados en cualquier parte de la Galaxia. El gobierno paga mal a sus funcionarios y ellos no tienen más remedio que aceptar sobornos, robar y estafar. Es una corrupción legalizada que les funciona bien desde hace siglos. Los listos lo saben y antes se dejarían despojar de sus bienes adquiridos ilegalmente que permitir que el estado actual de cosas sufra menoscabo.

—Ahora me contarás dónde está en todo este lío tu fabuloso negocio, ¿no? —dijo Sara con síntomas de impaciencia.

—Ahora vengo. Si vendo algunos cientos de unidades de energía no pasará nada porque en pocas sema ñas serán consumidas por gente que las comprará pensando que así estafa un poco a su propio gobierno. Es un pequeño morbo que les contentará. El gobierno cobrará los aranceles e incluso ganará más porque recibirá créditos bien respaldados, yo haré un pésimo negocio y me marcharé con el rabo entre las piernas y escuchando las risas de los nativos.

—Y no será así, claro.

—¡Desde luego que no! —exclamó Joe—. Resultó tan escandalosa mi confesión de que he transportado unidades energéticas que por las cabezas de serrín de esos aduaneros no les pasó la idea de inspeccionar con más detenimiento los bidones que contienen las unidades energéticas.

—¿Los bidones?

Joe asintió con énfasis.

—¿Qué supones que son?

Sara entrecerró los ojos y se apartó de su mesa para captar una imagen completa del sonriente capitán. Usó su mente para pensar

durante un instante, profundamente.

Tuvo varias ideas, pero la más increíble quedó fijada en su cerebro. ¿Era la respuesta a la pregunta de Joe?

—Eso no puede ser — dijo ella muy despacio.

—Pues lo es. Puedo leer en tus ojos que has llegado a la verdad.

Sara se volvió para interrogar al cansado Grosvenor con la mirada. El hombre se encogió de hombros, asintió con un gesto torpe de cabeza y dijo que sí quedamente.

—Joe —dijo la chica—, eres un diablo. Te debieron parir en el mismísimo infierno.

—Es posible que de allí consiguiera el color de fuego de mi barba —rió Joe—, Como tú también debiste obtener ese color encendido de tus cabellos y del sedoso pubis que me volvió loco el otro día.

El capitán deslizó las manos sobre la mesa y quiso tomar las de la chica, pero ella fue más rápida y las retiró.

—Cálmate. Cuando te pones romántico, según tu burdo estilo, eres insoportable además de ridículo.

Joe se levantó y soltó una carcajada antes de decir:

—Vamos, es hora de sacar los bidones y llevarlos a la ciudad. Allí me espera un contacto que nos lo pagará con hermosos certificados de créditos.

—¿Es de tu confianza?

—Por supuesto. Me lo recomendó un amigo, un cliente habitual del casino de Cothan.

Sin saber exactamente a qué se debía, Sara experimentó una sensación desagradable. Durante los días que había viajado a bordo del Satán no se había acordado del dueño del garito, pero al mencionar su nombre el capitán presentía que iban a verlo antes de lo que se habían imaginado.

CAPÍTULO VII

—Es una ciudad asquerosa —fue el comentario de Sara al poco tiempo de caminar por las calles de Agarla.

Hunt saltó a su lado y dijo:

—Estoy de acuerdo, Sara. Los planetas humanos no suelen ser agradables, pero éste supera a cuantos he visto.

Joe Leonard caminaba a la derecha de Sara y se limitó a sonreír, como queriendo expresar que para él no suponía el feo aspecto de la ciudad ningún récord de cuantas había visitado en su vida como mercader.

Agarla era una urbe extensa y construida de forma anárquica. Apenas quedaban testimonios de los tiempos del Gran Imperio. Los nativos eran en su mayoría seres pálidos y taciturnos, recelosos e introvertidos. Avaros hasta el desmesuramiento. Irritables.

La población foránea era mayoritariamente humana, escaseaban los humanoides y resultaban muy extraños seres situados en la escala a la que pertenecía Hunt. Cuando el zimbaliano preguntó a Joe el motivo de la parca presencia de estos últimos, el capitán evidenció en su rostro que le había puesto en un brete y respondió como temiendo ofender a su tripulante:

—Aquí no agradan. Los aligastarianos son racistas, amigo.

Hunt comprendió entonces que las muchas miradas que había recibido de gente con aspecto de ciudadanos de Aligastair no se debía a su exótico aspecto, ante lo cual incluso se sintió halagado. A partir de la explicación de su jefe se encogía temeroso cuando era observado y buscaba la protección de sus amigos.

—¿Está muy lejos donde debes ver a tu enlace? —preguntó Sara que ya se cansaba de caminar. Joe no había querido alquilar un coche porque confesó que acabaría rompiendo la cara al conductor cuando le dijese el importe de la carrera.

Anochecía y las pobres luces públicas apenas lograban alejar las sombras de las calles estrechas que desembocaban en la populosa avenida por la que caminaban.

—Llegaremos pronto.

Más tarde, el capitán volvió a decir:

—No os apartéis de mí. Aquí, además de los ladrones con uniforme, abundan los que visten de paisano. Por unas monedas son capaces de rajarte de arriba abajo y dejarte tirado en un callejón para que te coman las ratas.

A continuación, Joe se palpó el bulto que sobresalía de su cinturón. Le reconfortó el frío del metal que traspasaba su camisa. Aunque confiaba que los poderes paranormales de Sara significaran una ventaja notable para ellos en cuanto a defensa, él prefería fiarse de sus propias fuerzas y de su pequeña arma oculta.

Por su parte, Sara sentía aprensión al verse rodeada de gente con pésima catadura. Mientras no era estimulada se comportaba como una persona normal y por el momento se alegraba de tener al lado un gigante como Joe que podía alejar a los bandidos algo timoratos.

—¿Es que no hay policía aquí? —gimió Hunt que se sentía el más desvalido de los tres.

—Ojalá no te tropieces con ella. Acabaría de esquilarte si acudieras a denunciar un atraco.

Sara levantó la cabeza y sonrió irónica a Joe.

—Eres un mentiroso, grandullón. Has estado aquí antes. No es cierto que sólo conozcas las miserias de Aligastair por referencias.

—¿Eso importa?

—¿Tampoco me contarás la verdad?

—¿Cuál verdad?

—No sólo te impulsa el deseo de ganar dinero. ¿Por qué ocultas en tu sórdido corazón la pretensión de jugarles una mala pasada a esta gente?

Joe se despojó de su sonrisa y se puso muy serio.

—Tengo mis motivos —dijo con sequedad—. Hemos llegado.

Se habían detenido delante de una casa de dos plantas. La rodeaba una verja de tres metros de altura y algunos árboles mostraban sus copas sombrías al otro lado.

—Parece una pequeña fortaleza —comentó Hunt.

—Es una fortaleza, imprescindible para dormir tranquilo durante las noches de Agarla.

Llegaron hasta la entrada, protegida por una puerta de acero. Junto al muro había un llamador. Hunt giraba su cabeza a todas partes, desconfiando de los pocos viandantes que caminaban con pasos rápidos por la acera. La multitud había dejado der ser abigarrada desde hacía bastantes metros. Aquella zona residencial carecía de comercios y centros de diversión y ofrecía pocos atractivos para que la gente decidiera frecuentarla.

Joe llamó y una voz mecánica les preguntó qué querían. Sara sabía que desde el interior de la casa debían estar observándoles a través de un visor, cuyo objetivo giraba sobre la cabeza sobrecogedora de una gárgola.

Después de un rato, la misma voz impersonal les dijo:

—La puerta se abrirá dentro de diez segundas. Tienen otros cinco más para franquearla. Anden sobre el sendero de piedra y no salgan de él hasta llegar al pórtico. Si no cumplen las instrucciones declinaremos toda responsabilidad.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó Sara a Joe mientras esperaban la apertura de la puerta.

—Ixmgar de Ankar, señor de Aligastair.

La puerta se abrió y una pequeña luz procedente de la casa iluminó el sendero de piedra. Entraron rápidamente y en seguida escucharon cerrarse la puerta de acero. Sara se preguntó si lo hubiera hecho también de haber estado en su camino alguno de ellos.

Volvió a pensar en Cothan, en sus piernas metálicas cortadas por las compuertas del Satán.

Mientras caminaban por el sendero, sin lograr ver más allá de éste, sumidos los flancos en sendas sombras de las que apenas se distinguían las formas difusas de extraños árboles Sara pensó que allí podía haber mortales trampas para los intrusos.

—El nombre del dueño de esta mansión suena a pasado imperial —susurró Sara. Hasta ellos no llegaba el ruido de la calle. Era como si no pudiera traspasar ni rebasar los muros.

—Longar desciende del último regente del Imperio. No es nostálgico, pero asegura, según noticias, de que ningún hombre debe renunciar a su historia. Por el contrario debe asumirla.

Apenas pisaron los escalones que conducían hasta el pórtico, la puerta de roble se abrió y una sombra se proyectó sobre ellos.

—Entren —dijo—. Bienvenido a mi casa, capitán Leonard. También saludo a sus acompañantes.

Cuando entraron en el vestíbulo lograron ver el rostro del hombre. Algo gritó a Sara dentro de su mente que aquel individuo no era un criado, sino el propio Longar de Ankar.

El descendiente de los señores de Aligastair era de estatura normal, pero su porte irradiaba nobleza, en absoluto caduca y desfasada. Su rostro sereno lucía un cuidado bigote, única nota arcaica de su conjunto. El cabello lo llevaba peinado hacia atrás y era tan negro que brillaba bajo las luces de la casa con tonos de plata.

En seguida se dio cuenta Sara de que Longar era partidario de ir directamente al asunto. Apenas sirvió unas bebidas para sus visitantes en una sala amplia con muebles viejos pero lujosos, preguntó al capitán:

—¿Cuándo tendré la carga?

Joe se quedó con su copa cerca de los labios. Enarcó una ceja e inquirió extrañado:

—¿No quiere saber antes si los aduaneros...?

—Ya me han informado de que usted supo tratarlos, capitán. ¿Cien bidones como acordó con mi enlace?

—Sí.

Longar salió de la habitación. Sara aprovechó su ausencia para inclinarse ante Joe y preguntarle algo nerviosa:

—¿La operación la organizó Longar desde Agarla?

Joe tenía el gesto preocupado.

—Al parecer, sí. Nuestro contacto me hizo creer que la idea era suya, pero ahora comprendo que se limitó a actuar según los deseos de Longar de Ankar, y esto

me produce una sensación de frustración; no me gustar ser juguete de nadie.

No siguió hablando. Regresó Longar. Llevaba en una mano un mazo de certificados, que entregó a Joe.

—¿No quiere contarlos? —preguntó viendo al capitán que se los guardaba.

—Debemos tenemos confianza —sonrió Joe—, Poca gente paga antes de recibir la mercancía.

—Sé que la tendré. ¿Cuándo me la entregará?

—Apenas amanezca. Dígame dónde.

Longar le dio una pequeña lámina de metal.

—Aquí tiene la dirección de unos almacenes situados en las afueras de Agarla. Unos hombres de mi absoluta confianza le estarán esperando.

—Necesitaré vehículos para transportar los bidones. Creo que me bastarán tres.

—Estarán al pie de su nave dentro de seis horas.

—¿También serán de su confianza los conductores?

—El gremio de transportistas es muy independiente y elitista. Limítese usted a darles una buena propina. Eso bastará para que borren de sus mentes el lugar donde descargarán los bidones.

—Tengo algún recelo respecto a los problemas que puedan surgir cuando vaya a salir del astropuerto. Por el momento sólo tengo la autorización verbal del inspector Vul-Ar. ¿no sería conveniente esperar a disponer de la oficial para sacar la mercancía?

—No. Apenas disponemos de tiempo.

Joe captó cierto temblor en la voz de Longar, hasta ahora absolutamente segura. Se puso en guardia y preguntó:

—¿Algún problema? Creía que usted lo tenía todo previsto…

—Excepto una cosa, capitán. Se trata de un factor que usted ha incluido.

—No entiendo a qué se refiere.

—Es fácil. La noche anterior a su partida ganó mucho dinero en el casino de Cothan —miró a Sara levemente.

La chica bajó la cabeza. ¿Es que aquel hombre la conocía?

—Lo necesitaba. Sin él no podía sacar al Satán de los astilleros ni comprar el avituallamiento y las mercancías que debían completar la carga. Sólo tenía abonados los bidones.

—Pero irritó a Cothan, lo puso en evidencia ante cientos de clientes suyos. Luego volvió a burlarse de él minutos antes de despegar, y para colmo le estropeó sus costosas piernas de acero. Todo el mundo le oyó jurar en la ciudad que se vengaría de usted, del zimbaliano, del terrestre llamado Grosvenor y la chica paranormal que le ayudó a ganar más de un millón de créditos.

—No pienso volver allí.

—Pero él se dirige ahora a Aligastair.

—La ciudad no notará la presencia de un sinvergüenza más. Hay demasiados. Sé cuidarme yo mismo.

—No he terminado, capitán. Cothan hizo indagaciones. Todo me lo ha contado mi enlace allí, muy nervioso por cierto. Cothan supo que usted se dirigía a Aligastair llevando una mercancía muy curiosa,

algo de baratijas y los bidones de unidades energéticas.

—Entonces, debió reírse de mí pensando que iba a perder todo el dinero que le gané a causa de mi poca pericia como comerciante.

—Cothan no le menosprecia, capitán. No admitió que usted fuera tan tonto y siguió investigando. Llegó hasta el fondo del asunto, soltando dinero y extorsionando. Nuestro enlace apenas pudo escapar a tiempo, afortunadamente, para avisarme mediante un comunicado vía láser, muy costoso por cierto.

Joe palideció visiblemente.

—¿Insinúa que Cothan sabe que el metal de los bidones es minaría pura?

—Sin duda alguna. Cuando Cothan llegue al astro-puerto se pondrá en contacto con las autoridades y le denunciará.

—Pero si no encuentra la carga no tendrá pruebas.

—Por eso debemos darnos prisa, capitán. Los aduaneros que han cobrado los sobornos estarán entonces tan asustados que preferirán que todo quede olvidado —longar esbozó una sonrisa ladina—. Con tanto miedo en el cuerpo ni se darán cuenta de las consecuencias venideras que acarreara para la economía de Aligastair la presencia de cientos de kilogramos de minaría.

Joe se levantó y dijo, mientras tendía la mano a Longar:

—Nos volvemos al astropuerto, señor.

—Ordenaré que uno de mis robots conduzca mi vehículo más veloz para ustedes. La ciudad se torna más peligrosa a medida que avanza la noche.

Sara, sólo tenía hacia Longar de Ankar un resentimiento: el curioso noble no le había dirigido una sola mirada que la halagase. Era como si ella fuera otro mueble más de los muchos y costosos que llenaban las habitaciones de la mansión.

Mientras eran despedidos bajo el pórtico, llegaba el vehículo conducido por un robot y Joe y Longar se intercambiaban las últimas advertencias, Sara se abstrajo pensando en los posibles y verdaderos motivos de la aventura que vivía en Aligastair.

Lo que al principio le pareció una simple incursión comercial, un trato entre pillos, una de cuyas finalidades era ver quién era más hábil que el otro, ahora ella empezaba a considerar todo como una estrategia de altos vuelos.

Una estrategia iniciada por el curioso personaje llamado Longar de Ankar, quien sin sufrir nostalgia por el esplendor de sus antepasados, señores de Aligastair, se proponía culminar un proyecto, sin duda, hacía largo tiempo planeado.

A bordo del vehículo, volando en dirección al astro-puerto, Sara continuó con sus elucubraciones. Evidentemente, el capitán era ajeno a la auténtica importancia de la operación en la que era pieza importante. Las motivaciones del pelirrojo eran simples: ganar dinero, hacerse rico. En su traje llevaba más de cinco millones de créditos, y se mostraba indiferente, como si sólo cargase con unas monedas de escaso valor.

Tal vez Joe Leonard se sintiese más recompensando saliéndose con la suya que obteniendo unos beneficios considerables.

Sara acabó encogiéndose de hombros y decidió dejar de calentarse la cabeza. Miró de soslayo al capitán y de pronto empezó a encontrarlo atractivo. Sonrió y se acercó más a él.

Joe notó en el acto la presencia de la muchacha y giró la cabeza para mirarla. Al otro lado, Hunt volteó un ojo y emitió un gemido corto.

Sin que mediase una palabra, Sara se alzó un poco y estampó un beso en la mejilla poblada de barba del capitán. Cuando retinó los labios dijo:

—Es suave. Creo que siempre deseé saber cuán suave podía ser una barba roja como la tuya.

—Las desgracias nunca vienen solas —musitó Hunt. Sólo le escuchó Joe, quien comprendió el comentario y se alegró—. No sólo corre hacia nosotros Cothan, sino que ésta se nos va a desmadrar de un momento a otro. Cuidado, jefe.

Joe hubiera mandado al diablo a Hunt, pero se ocupó de inclinarse sobre Sara y devolverle el beso, mientras la abrazaba y la acariciaba.

Apenas transcurrió un minuto cuando el vehículo se detuvo a

pocos metros del Satán. «Joe arrojó maldiciones. Se alisó el revuelto cabello y bajó de mala gana. Detrás de él lo hizo Sara, que apenas se separaba del pelirrojo. Sus ojos despedían un fuego más intenso que su propia cabellera que flotaba ante el viento de la madrugada.

Al pie de la rampa les esperaba Grosvenor. En seguida salió de las sombras una figura que al entrar en el círculo de la luz pudieron identificar los recién llegados como al inspector Vul-Ar.

El nativo exteriorizaba mucho nerviosismo y dijo:

—Capitán, estoy desembarcando la parte de la mercancía que mi primo va a almacenar y venderá mi hermano. ¿Dónde ha estado? ¿Cómo se marchó dejando a mi ayudante borracho como una cuba?

Joe recompuso su uniforme. Observó que obreros del astropuerto cargaban en un destartalado camión los bultos que contenían algo de mercancías y mucho relleno sin valor.

—Por ahí, gestionando la venta de las unidades energéticas.

El enfado del aduanero desapareció. Ahora se mostraba más contento. Debía complacerle mucho el descalabro económico de aquel extranjero mucho más alto que él y de desafiante barba roja.

—¿Ya encontró cliente? ¿A cómo le pagará?

—A trescientos créditos por unidad.

—Es lógico. Usted quiere cobrar en moneda del Orden Estelar. Habrá tenido que buscarla en el mercado negro —rió Vul-Ar—, ¿Satisfecho?

—Lo bastante para no pegarme un tiro.

Los obreros acabaron de poner la mercancía en el camión y el inspector dijo antes de encaramarse a la cabina y sentarse junto al conductor.

—Dentro de dos o tres días le entregaré el dinero que haya sobrado de su mercancía, capitán. Una vez deducidos los impuestos, claro.

—Espero tener suficiente para reponer combustible.

—Entonces debería guardar algunas unidades para su uso.

—Eso haré. Gracias por el consejo.

—Nos veremos lo antes posible.

—Oh, no tenga prisa. Dígale a su hermano que venda bien.

El camión se alejó y también la risa del inspector. Apenas se perdió en las sombras, Joe escupió al suelo y dijo:

—Ya me gustaría verte la cara cuando te enteres que me largo esta noche, hijo de mala madre, aborto de mierda.

Grosvenor se acercó con pasos cansinos.

—Jefe, arriba sigue el ayudante. Su jefe me dijo que debíamos cuidarle hasta que se le pasen los efectos de la borrachera. Me temo, jefe, que te excediste en la dosis que echaste en la botella.

—Mejor. As reviente mientras duerme. Debemos darnos prisa. Dentro de poco llegarán los vehículos para cargar los bidones. Disponlo todo para partir apenas regrese, Grosvenor.

—¿Sin permiso de la torre de control?

—Al diablo con la torre y sus permisos.

—Pueden salimos al paso los patrulleros antes de que podamos entrar en el hiperespacio, jefe.

—Para eso llevamos artillería —rió Joe.

CAPÍTULO VIII

Leonard sólo se asomó a la entrada del camarote donde yacía inconsciente el ayudante de Vul-Ar. Sin examinarlo podía estar seguro de que todavía dormiría, varias horas más.

—Cuando me haya ido lo arrojas fuera. Busca un rincón donde no sea encontrado en bastante tiempo, y algo apartado de la nave para que no le quememos las pestañas al partir —dijo a Grosvenor.

Se quedó mirando al tripulante.

—¿Por qué llevas un ojo amoratado?

Grosvenor torció los labios y sus chupadas mejillas enrojecieron.

—Sara. Me dio una bofetada.

—Condenado, ¿por qué? ¿Qué le hiciste?

—Hunt me advirtió que ella estaba a punto de entrar en uno de sus ciclos de furiosa ninfomanía y yo... Bueno, pues quise besarla.

—Debería darte un puñetazo, granuja. Esa chica es mía.

—Hunt dijo que usted no le bastaría, jefe —protestó el otro.

—¿Y tú le hiciste caso a la bola peluda? ¿Comprendes por qué es

mía? No quiere saber nada de ti.

—Eso pensé, pero es que al reprocharle a Hunt su torpe criterio respecto a ella, el enano con pelos me respondió que a veces los síntomas son equívocos, ella vuelve a su frigidez y pueden transcurrir muchos días hasta que el ciclo de ansiedad se le presente firmemente.

Joe crispó los puños. Meneó la cabeza. Bueno, tal vez sea mejor así, pensó. Por ahora iba a estar muy ocupado en otros asuntos y una pasión encendida en la chica hacia su persona podía resultar un inconveniente. Todo sería mejor dentro de unos días, lejos de Aligastair y tranquilos en la nave.

Cuando vio a Sara quedó corroborada su creencia de que la súbita pasión de la chica hacia él sólo había sido una falsa alarma. La impredecible reacción de la pelirroja resultaba ahora un ostentoso distanciamiento hacia él, adoptaba posturas arrogantes y parecía incluso no querer dirigirle la palabra.

Joe sólo se atrevió a preguntarle:

—Te veo triste, pequeña.

—No soy pequeña. Tú eres demasiado alto. Soy normal.

—¿Te ocurre algo?

—Pienso en Lorenzo.

El capitán envió mentalmente a Lorenzo a la mierda y se alejó. Hunt le acababa de avisar que fuera esperaban los camiones enviados por Longar de Ankar.

—Procede a vaciar la bodega de bidones —ordenó al zimbaliano por el comunicador del pasillo, antes de entrar en un ascensor.

El jefe de los transportistas era un tipo casi tan alto como Joe, pero luda un pelo ralo y negro y su piel era tan blanca como la de los aduaneros, como la de todos los nativos. En aquel mundo las nubes eran perpetuas y el sol triste y lejano del sistema planetario no lograba traspasarlas apenas.

Apenas fue abierta la esclusa de la bodega, los hombres del transportista empezaron a trabajar con eficiencia, en silencio y rápidamente. Joe sonrió. Los bidones eran excesivamente pesados para contener únicamente cada uno diez unidades energéticas.. Si

alguno de tos tres aduaneros hubiera intentado levantar cualquiera se hubiese percatado de que su blindaje no podía ser dé acero, sino un metal mucho más pesado, de la densidad, por ejemplo, de la minaría.

Sin embargo ninguno de los transportistas pareció darse cuenta de nada, o si lo intuían se limitaban a callar. Comprendió el capitán que debían ser de la total confianza de Longar y sin duda conocían parte de la verdad o toda.

Grosvenor asomó su flaca cara por la compuerta, bizqueó su ojo rodeado de color morado y dijo:

—Jefe, estaba a la escucha de la torre de control y he oído que acaba de aterrizar una nave. ¿Adivinas quién llega a bordo?

Joe puso tos brazos en jarra. ¿Cómo no iba a saberlo?

—Cothan.

Grosvenor bajó un par de metros de la rampa. Parecía desilusionado por no haber podido deslumbrar a su jefe.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sí, demonios —se volvió hacia tos nativos y les gritó—: Vamos, daos prisa.

Se acercó el jefe del grupo, algo ofendido porque un extranjero se atreviese a dar órdenes a quien estaba bajo su mando.

—¿Ocurre algo, señor Leonard?

—¿Le dijo Longar de Ankar que podía llegar alguien a Aligastair con la intención de estropearnos los negocios?

—Sí...

—Pues ya está aquí, anclando su nave a unos centenares de metros de nosotros.

El jefe de los transportistas se puso todavía más pálido. Corrió hacia los vehículos y espoleó a sus obreros a terminar lo antes posible.

—Líbrate del aduanero, Grosvenor —dijo Joe—. Cuando nos hayamos ido quiero que cierres bien la nave y no la abras a nadie excepto a mí.

—¿Y si se presenta el inspector?

—Lo recibes, le propinas un golpe en la cabeza y lo pones junto a su ayudante.

La operación de embarque quedó concluida y el capataz dijo a Joe:

—Usted irá en el vehículo primero, hablará con tos vigilantes de la entrada y luego se pondrá detrás y nos seguirá.

Joe estudió con desconfianza el vehículo al que se refería el nativo, precisamente el único de los tres que no llevaba ni un solo bidón.

—¿Porqué en ése?

—Lo usará para volver cuando nosotros hayamos depositado la mercancía en el almacén. Allí le espera Longar de Ankar para dar la conformidad. Necesitará alguien que lo conduzca.

—Puedo hacerlo yo.

—Despertaría sospechas en la salida. Un capitán como usted no debe ser un simple conductor.

Sara bajaba por la rampa y Joe la llamó, preguntándose en qué ciclo de sus instintos sexuales estaría ahora la chica.

Pero ella se mostró muy calmada y le escuchó con serenidad.

—De acuerdo, jefe. Iré contigo.

Se puso delante de los mandos y maniobró el vehículo hasta ponerlo delante de los otros dos. Luego encendió los faros y se dirigió hacia la salida, mientras el sol era una mancha difusa en el horizonte, apenas sobresaliendo de las montañas de levante.

De reojo, Sara vio que Joe sacaba el montón de créditos que le entregó Longar de Ankar, eligiendo uno por valor de cien. Los demás los guardó rápidamente.

El soldado del portalón se acercó en plan perdonavidas a la cabina del vehículo. Detrás suyo se apostaron varios más con los láseres en prevenda.

—Tengo permiso verbal del inspector.

—¿Quién?

—Vul-Ar.

—¿Dónde está ahora Vul-Ar?

—Debe de haber salido hace un rato con unos vehículos.

—¿Es usted el capitán Graham?

Joe se humedeció los resecos labios. Comprendía que el soldado intentaba asegurarse de su personalidad, lo cual hubiera comprobado fácilmente pidiéndole la identificación. Realmente lo que quería comprobar era si aquel tipo grande de barba roja era el protegido del inspector.

—Soy el capitán Leonard y ahí va mi foto.

Le entregó el dinero que el soldado rápidamente se guardó, aunque su gesto no pasó desapercibido para sus compañeros y éstos se aproximaron, como queriéndole advertir que por su bien no debía de olvidarse de repartir con ellos.

—Vamos, pase —apremió el soldado.

Sara arrancó con prontitud y preguntó a Joe por la dirección que debía seguir.

El capitán señaló un gráfico luminoso que destacaba en el panel de mandos. Un punto blanco brillaba al final de una zigzagueante línea roja.

—Es la ruta que debemos seguir —explicó—. Tomaremos una ruta exterior de la ciudad, hasta una zona industrial, donde está el almacén de Longar, desde el cual distribuirá el metal cuando lo haya convertido en láminas.

—¿Qué pretende Longar?

—Tengo una vaga idea.

—Algo muy gordo.

—Evidentemente —Joe la miró de soslayo. La chica no podía ser más sorprendente. Volvía a ser la que él conoció en el casino, fría y distante, sin capacidad de amar.

—La minaría es un metal raro en toda la galaxia, pero aquí vale mil veces más que el oro. ¿Qué hará con él el anacrónico señor de Aligastair?

—Acabar con el sistema económico del planeta. Con unos gramos de minaría cada hijo de vecino podrá construirse su propia unidad de energía y cortará el suministro estatal. Al principio intentará impedirlo el gobierno, pero serán muchos los que se opondrán. Incluso con este sol tan pobre una unidad es posible recargarla en pocas horas y usarla a toda potencia durante días enteros.

—Las unidades que trajiste eran de un solo uso, ¿no?

—Exactamente. Carecen del elemento sintetizador, de la minaría.

—¿Y luego? ¿Qué pasará cuando la débil estructura de la economía local se derrumbe?

—Ahí entra en juego el plan Longar y te juro, preciosa, que lo desconozco, aunque tal vez tenga que ver con el deseo del Orden Estelar de intervenir en Aligastair y convertirlo en un mundo un poco decente. En la Tierra están cansados de mundos del Borde.

—¿Longar lo hace por despecho? —sonrió Sara, recordando el porte majestuoso del personaje, como una imagen holográfica sacada de los recuerdos del pasado—. ¿Quizás desea recuperar su esplendor, que heredó simbólicamente de sus antepasados?

—No es tan cretino; sabe que el Orden no lo nombrará subgobemador ni nada parecido. Creo que en cierta ocasión sufrió un fuerte agravio del gobierno local y prometió desquitarse. Es posible que Longar conserve reminiscencias atávicas y sienta asco por lo que es ahora Aligastair.

—Esto nunca valió nada, ni siquiera en los viejos tiempos imperiales.

—Eso no importa. Longar no debe estar bien de la cabeza y debe creer que era de otra forma este planeta, cuando sus padres y abuelos gobernaron.

—No creo que su padre haya sido regente…

—O quien sea. ¿Qué más da?

Se encendió una luz en el salpicadero y la voz del capataz les advirtió:

—Capitán, los hombres que van en el último vehículo me comunican que nos sigue un coche. Dentro va mucha gente, unos seis o siete hombres. Es todo lo que puedo ver por el visor trasero.

Joe cruzó una mirada de aprensión con la chica, y ésta dijo:

—Debe ser Cothan. No ceja en su empeño.

—Ha debido regar con abundancia las manos de los aduaneros para salir tan pronto del recinto.

A continuación preguntó al capataz si conocía el camino hasta el almacén de Longar, y al obtener una respuesta afirmativa, dijo:

—Adelántenme. Situaré mi vehículo atrás y trataré de despistar a nuestro perseguidor.

—Pero capitán, Longar de Ankar espera en el almacén...

—Bah, él aguardará la mercancía por la que pagó, no a mí.

—Mis instrucciones...

—Capataz, su obligación es llevar los bidones. Vamos obedézcame.

Sara frenó un poco y los dos vehículos que les seguían les rebasaron, rugiendo sus motores al pasarles. Al quedar atrás, el capitán usó el visor de popa y descubrió un coche grande y negro marchar a unos cincuenta metros tras ellos. Llevaba apagadas las luces de situación y por el momento no parecía tener la intención de alcanzarles.

—Quiere saber adónde llevamos el cargamento —sonrió Joe—. Ese canalla de Cothan pretende darme una lección y encima llevarse unas ganancias que le compensen de los gastos del viaje y le reponga lo que le ganamos en su asqueroso casino.

Sara revisó la planificación del área por donde circulaban. Era una zona antigua, llena de edificios en ruinas. Más adelante comenzaba la extensión donde languidecía una serie de industrias locales.

La chica condujo con pericia y a cada trecho cambiaba de

dirección. Pronto dejaron de tener delante los dos vehículos cargados con los bidones, pero el coche perseguidor seguía tras ellos obstinadamente.

—Si te parece intentaré despistarlos y luego tú me dices si quieres ir a ver a Longar o regresar al astropuerto.

Por toda respuesta, Joe empujó a Sara y ocupó el puesto del conductor.

—¿Qué pretendes? —preguntó ella.

—Ahora puedo conducir. Cuando doble esa próxima esquina frenaré un poco, te bajas y te las apañas para volver a la nave. Me esperas allí… digamos un par de horas. Si para entonces no he vuelto le dices a Hunt que mis órdenes son que os marchéis.

—¡Estás loco! Acabarán atrapándote cuando se den cuenta que persiguen a un solo vehículo. Comprenderán que les has engañado una vez más y te harán picadillo.

—Sé que dentro de poco tiempo se percatarán de todo y nos alcanzaran.

—Longar debía ayudarte…

—No quiero involucrar a Longar. Si le descubrieran todo su plan se vendría abajo y la misma pandilla de granujas que han convertido a este planeta en una cloaca seguirán adelante. Quiero darme la satisfacción de acabar con una sociedad que se sustenta en la corrupción, el robo, el chantaje y el soborno.

—Tú no eres un idealista.

—Maldita seas, ¿es que vas a obligarme a decirte que lo hago por ti, porque me tienes loco y no quiero que ese sucio enano de patas metálicas te ponga las manos encima?

Joe frenó al dejar atrás la esquina y empujó a Sara al exterior. Ella casi se cae de espaldas, pero logró sostenerse con una mano y lo miró rabiosa.

El capitán le arrojó un beso, se echó a reír y dijo antes de arrancar:

—No te olvides de esto. Repártelo con los dos picaros que

esperan en el Satán.

—¿El beso? —musitó perpleja.

Pero algo cruzó el aire y mientras el vehículo rugía para perderse por el sendero abierto entre las ruinas, Sara agarró un paquete muy pequeño que voló hacia ella. Se trataba del pañuelo del capitán. Lo abrió y vio que contenía todo el dinero que había recibido de Longar.

—Maldito imbécil —rugió Sara escondiendo el pañuelo entre sus senos—. Eres un imbécil, capitán. ¿Es que Hunt no te dijo lo que debías hacer para despertar mi rabia y que mis poderes paranormales te sacaran del aprieto? Sólo unos pellizcos, hombre. Nada más.

Escuchó la aproximación del coche perseguidor y corrió a esconderse tras las ruinas. Pasó ante ella a toda velocidad, patinó más adelante y se sumergió en las sombras, a las que alejó al encender sus potentes faros.

Sara escuchó un ruido.

—Joe es un manazas —dijo en voz baja—. No sabe conducir y se la ha pegado contra un muro, sin duda.

A continuación percibió el chirrido de los frenos del coche negro.

Echó a correr, pero no en dirección al astropuerto, sino hacia el lugar por donde Joe había querido lucirse como conductor.

CAPÍTULO IX

Sara se había preguntado por qué motivo ni siquiera los vagabundos de la ciudad utilizaban aquellos barrios. Pronto encontró la respuesta, cuando sintió que algo le rozaba las piernas.

Era el contacto de una piel áspera. Se detuvo, miró a su alrededor y descubrió demudada y llena de asco a los anímalas de aspecto múrido que corrían por entre las ruinas.

Allí proliferaban las ratas o parientes próximos suyos. Pero lo cierto es que aquellos animales fétidos poseían un aspecto más feroz que sus posibles hermanas de la Tierra, además de un mayor tamaño. Tal vez eran descendientes de las ratas terrestres que llegaron hacía siglos a Aligastair a bordo de una nave poco escrupulosa. Y para colmo habían sufrido determinada mutación que las había convertido en criaturas irritables y osadas.

Sara se quedó un instante mirándolas. A unos cinco metros había una partida de ellas, saltando sobre los cascotes de un muro medio derruido. Las ratas se volvían, la estudiaban y le abrían sus mandíbulas repletas de afiladísimos dientes.

La chica contuvo la respiración y buscó un camino que la llevase hasta donde Joe debía de estar. De pronto los primeros rayos solares del día barrieron el muro y las ratas saltaron de él, chillando. Buscaron la protección de las sombras rápidamente y en menos de tres

segundos no quedó ninguna a la vista.

Sara comprendió que la triste luz solar las dañaba y siguió avanzando, pero siempre procurando mantenerse en las zonas iluminadas.

Al otro lado de unos cobertizos y un montón de escombros en lo que antaño debió ser una avenida que terminaba en una plaza ahora sembrada de suciedad, encontró el vehículo que hasta hacía poco estuvo conduciendo. Cerca estaba el coche negro.

Varias figuras se dirigían hacia Joe, quien se arrastraba fuera de la cabina del vehículo medio empotrado en un resto de muro que había acabado de derribar. Descubrió en seguida a Cothan, inconfundible por sus piernas de acero y caminar oscilante. Seguramente todavía no se había adaptado a sus nuevas prótesis.

Le seguían tres de sus matones, con armas en las manos. Dentro del coche se podía percibir la sombra del cuarto.

Muchos enemigos, pensó Sara sin dejar de avanzar pero metiéndose en las sombras, a las que no tenía mucha confianza porque sabía que podían ser refugio de las ratas mutantes.

Escuchó decir a Cothan:

—Si en mi casa de juego me hubieras dicho para qué necesitabas dinero con tanta urgencia, la verdad, te lo habría cedido con mucho gusto —meneó la cabeza—. Pero eres desconfiado. Yo me hubiese conformado con una pequeña participación.

Joe dejó de arrastrarse. Al oír la voz de Cothan pareció cobrar fuerzas y lucidez, se puso de pie y caminó altivo hacia su enemigo. Con la mano derecha se agarraba el brazo izquierdo. Dejó escapar un gesto de dolor y Sara pensó que podía tener un hueso roto. Pero conocía a Joe y sabía que éste no diría que estaba herido.

—Si has venido por el dinero que te gané, puedo llegar a un acuerdo contigo, incluso devolvértelo —dijo con una mueca de dolor que pugnaba por florecer en sus labios contraídos.

Cothan soltó una carcajada, corta como las suyas e irritante como solían ser.

—Ahora ya no me conformaré con ese millón. Deseo también las ganancias. He comprendido tu juego. ¿Vas a entregarme el dinero o

debo decirles a mis hombres que te registren?

—Pueden hacerlo, pero te convencerás de que no llevo encima un céntimo.

—En ese caso te dejaré desnudo —Cothan volvió la cabeza y Sara se escondió temiendo ser descubierta—. He visto por ahí hermosas ratas con cara de hambre. Te ataría y desde la seguridad del coche contemplaría cómo esos bichos te comían y dejaban tus huesos mondos en cuestión de minutos. Claro que antes tú chillarías como un cerdo antes de ser sacrificado.

Joe se encogió de hombros y dijo:

—Tú ganas. Haz lo que quieras luego. Te daré el dinero y espero que seas magnánimo conmigo...

—Es posible, es posible —sonrió Cothan.

El capitán se llevó la mano diestra al cinturón y Sara se preguntó si Cothan podía resultar tan cretino. ¿Por qué no sospechaba que Joe podía llevar allí algún arma oculta? Tal vez el enano no lo pensó porque a través de las ropas de Joe no se adivinaba ningún bulto que pudiera infundirle sospechas de que portase una pistola o un cuchillo.

Joe estaba rodeado por tos matones y las armas le apuntaban al corazón. Sara avanzó unos pasos y rezó lo poco que sabía para que algún dios despertase y le otorgase el don de recuperar sus adormilados poderes. Pero seguía fría y sin sentir la fuerza que vibraba dentro de su ser cuando presentía que podía convertirse en un huracán síquico.

Se agachó para recoger unas piedras. Si no podía valerse de su fuerza invisible se valdría de algo tan rudimentario como los adoquines. Pero entonces Joe se movió con una velocidad increíble. Ella apenas pudo verle agacharse, quitarse el cinturón de cuero, saltar a un lado, eludir los disparos efectuados por los sorprendidos guardaespaldas y luego blandir el trozo de cuero por un extremo y azotar con el otro, donde la hebilla brillaba como un diminuto sol, al más próximo de sus enemigos.

El matón recibió el golpe en pleno rostro, lanzó un grito desgarrador y se llevó las manos a la cara. Cuando las retiró tenía trozos de piel pegados a los dedos, y ciego empezó a dar tumbos.

—Matadlo —gritó Cothan retrocediendo un paso.

Joe lanzó una maldición y saltó contra otro enemigo. Pero ya no disponía a su favor del factor sorpresa y bastante tuvo preocupándose en no quedarse quieto para que los otros tomaran puntería. No logró alcanzar a ninguno más, al menos contundentemente. Sólo consiguió herir al más lento de movimientos en un brazo, pero no en el armado y se tuvo que conformar con oírle aullar dolorosamente.

Sara arrojó una de las piedras. El primitivo proyectil trazó una línea invisible en el aire y golpeó a Cothan en las espaldas. El tahúr se derrumbó de bruces sobre un charco y se revolcó en las aguas fétidas antes de lograr enderezarse. Desde el borde espeso y lleno de fango la descubrió y la apuntó con su pistola, una singular arma para Sara, desconocida para ella y de efectos ignorados.

Ella intentó arrebatársela con otra pedrada, pero falló y un destello luminoso la cegó momentáneamente. Cuando abrió los ojos, perdida la noción del tiempo, vio a Joe derribado, dos de tos matones de Cothan sujetándole los brazos. El que podía tener roto le arrancaba guturales gritos de dolor.

Sara se encontró en el suelo. Tenía las manos detrás y sujetadas por una cuerda que otro tipo manejaba. Debía ser el que permaneció dentro del coche. Pero delante de ella estaba la imagen grotesca y amenazadora de Cothan, sucio y humillado una vez más.

— Maldita putita paranormal —el enano agitó su extraña arma y explicó con regocijo—: Tenía preparada esta pistola para cuando aparecieras, zorra. Ahora no podrás usar tus malditos poderes y yo voy a satisfacerme viendo como tu lindo cuerpo se llena de sangre, como tos dientes de las ratas se clavan en tus pechos...

—Suéltala y te diré dónde está el dinero —gritó Joe.

.Cothan, por toda respuesta, movió los brazos desdeñosamente y en su mano derecha surgió un afilado y brillante estilete. Con movimientos hábiles empezó a cortar las ropas de Sara. La chica gritó pensando que pronto sentiría el frío acero en sus carnes. Pero ni una sola vez la punta del estilete la tocó. En cambio, su camisa, sus pantalones y demás ropas quedaron convertidas en jirones rápidamente. De entre sus senos saltó el pañuelo, Cothan lo cogió y desató, lanzando un grito de triunfo al ver abrirse las finas láminas de tos certificados.

Se volvió para mirar a Joe.

—Te pagó bien ese maldito aristócrata loco.

—Ya tienes el dinero —dijo el capitán pálido y nervioso—. Ahora lárgate y déjanos en paz.

Cothan se guardó el dinero después de mirarlo una vez más. Giró hacia la chica y le acarició los pezones con la punta del estilete, bajándola hasta el vientre. Allí la presionó un poco y le arrancó una línea roja de la que manó un poco de sangre.

—Eres linda y lamento tenerte que entregar a las ratas —miró a sus hombres que sonreían divertidos por el espectáculo que les ofrecía su jefe—. Pero pensándolo bien creo que les serías de diversión a tos chicos para el viaje. Sin embargo podrías ser un peligro en la nave. Una mente como la tuya puede explotar en cualquier momento. No me fio de las drogas. Sé lo que. ocurrió cuando entramos en el Satán haciéndonos pasar por inspectores sanitarios. Me costaste un par de piernas nuevas.

Cothan subió el estilete y lo apoyó detrás de la oreja derecha de Sara. Sin dejar de sonreír, dijo:

—Hace tiempo me enseñó un tipo muy repugnante cómo convertir a un ser humano en un vegetal. Lo probaré. Sólo hay que hundir un par de centímetros el acero y luego disparar el minúsculo rayo láser que lleva en su interior. Serías una muñeca muy apetitosa para mis hombres. Durarías todo el tiempo que ellos se distraigan contigo. Claro que resultarías un poco sosa, pero siempre mejor que una androide, con sus limitaciones. Pero existe un problema: que yo no soy un experto, podría equivocarme y matarte;

—Ojalá lo hagas, cerdo con patas de hierro —le escupió Sara.

Ella misma, en su desesperación, intentaba enfurecerse lo suficiente para neutralizar los efectos del disparo que le impedía echar mano a sus poderes y devolver a aquel grupo todo el daño que le había causado y que pretendían causarle.

Pero era inútil. Su mente seguía desamparada. Apretó los dientes cuando creyó sentir que el acero se hundía unos centímetros en su carne. «Por el rabillo del ojo vio a Joe debatirse, recibir un golpe en su brazo dañado y luego revolcarse, rechinando los dientes, por el suelo, cubrirse de polvo, bajo las miradas y las risas de sus verdugos.

Cothan presenció el inútil intento de Joe. Detuvo su gesto, suavizó la presión del estilete sobre Sara y dijo a sus hombres:

—Terminad de romperle los brazos y quebradle las piernas.

Luego lo tiráis en algún hueco oscuro; las ratas no tardarán en acudir a comérselo.

Sara se echó hacia atrás y su desnudez sintió la aspereza del terreno. Cothan la dejó escapar un poco, soltó una risa sorda y se echó sobre ella, le retiró el cabello rojo y su estilete raspó la piel cercana a la oreja de la chica, diciéndole que se calmase o la haría más daño.

Ella palpó algo en el suelo. Era el cinturón enérgico de Joe Leonard. Lo tomó por la hebilla. Por un segundo pensó en manejarlo para fustigar a Cothan, pero en seguida comprendió que no disponía de tiempo. Activó el dispositivo y sintió el calor de la hebilla. Antes de que alcanzase su punto mortal se golpeó con él la cintura.

El dolor lacerante que experimentó la hizo gritar con tanta fuerza que incluso Cothan se sorprendió y retiró la cara.

Sara sintió fluir una fuerza extraordinaria en su mente, pero ésta huyó en parte y con desaliento presintió que no era bastante. Sin embargo concentró todo su poder en Cothan y le golpeó, echándolo a un lado. Cuando vio al enano rodar un poco atacó de nuevo y le derritió las piernas de acero. El tahúr bramó viendo cómo sus costosas piernas se convertían en metal derretido y se escapaba con sendos dos candentes por los escombros.

El metal se solidificó rápidamente, y cuando Cothan quiso alejarse del calor que todavía emanaban sus deformes piernas se encontró sujeto al terreno. Forcejeó pero fue inútil. Consiguió articular unas palabras de ayuda y las terminó ordenando a sus hombres que matasen a los dos.

Sara se desplomó, agotada. Entonces, cuando ya veía moverse las armas de los matones hacia Joe y ella, de lejos le llegó un rumor y la plaza en ruinas se llenó de estallidos y silbidos.

Primero contempló la caída de los matones cercanos a Joe y luego al tipo próximo a ella. Todos se derrumbaron con heridas mortales en sus cuerpos.

Se volvió y vio surgir algunas figuras. La primera que identificó fue la de Longar de Ankar, señor del viejo esplendor de Aligastair.

CAPÍTULO X

También estaba el capataz de los camioneros. Los otros que le seguían podían ser los mismos que cargaron los bidones en el vehículo.

Cortésmente, Longar se inclinó sobre Sara y la cubrió con su capa. Luego la ayudó a levantarse y se interesó por si tenía alguna herida. Ella respondió que no y corrió al lado de Joe. El capitán se incorporó antes de que nadie se atreviera a ayudarle.

—¿El brazo? —preguntó Sara.

—Algún hueso astillado, pero no es nada importante. En la nave me lo arreglará Grosvenor.

—¿También entiende de huesos rotos?

—Espero que á —suspiró Joe. Miró al nativo, con agradecimiento—. Debo darle las gracias por haber llegado tan a tiempo.

— Me temo que sólo porque la chica recuperó por un momento sus poderes —la observó con admiración—. El Orden Estelar perdió una gran colaboradora cuando decidió dejar la organización. ¿Por qué lo hizo?

— Las cosas allí no eran de mi agrado —dijo ella.

—¿Qué cosas?

Sara se estremeció de frío pese a la gruesa capa.

—Usted, por ejemplo. Usted y su trama. Detrás de todo debe estar el Orden Estelar y su política actual.

—¿A qué política te refieres, Sara? —preguntó el capitán.

—¿No lo comprendes, Joe? Aunque te llenes los bolsillos de dinero, con el dinero que no debes olvidar de quitarle a Cothan, te han utilizado a ti, a Grosvenor y a Hunt, y a mí. El Orden desea desde hace tiempo poner su zarpa sobre Aligastair pero nunca encontraba una justificación de cara al resto de la galaxia. Pero se lo propuso y buscó un plan, el hundir la precaria economía local arruinando la fuente de ingresos del gobierno nativo a costa del monopolio de energía.

Joe miró a Longar. Una .de sus cejas se enarcó interrogadoramente. El de Ankar se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—¿Por qué no puede ser como dice Sara? Lo admito. Trabajo para los nuevos señores de la Galaxia.

—¿Un descendiente de tiranos colabora con una organización que pregona la democracia?

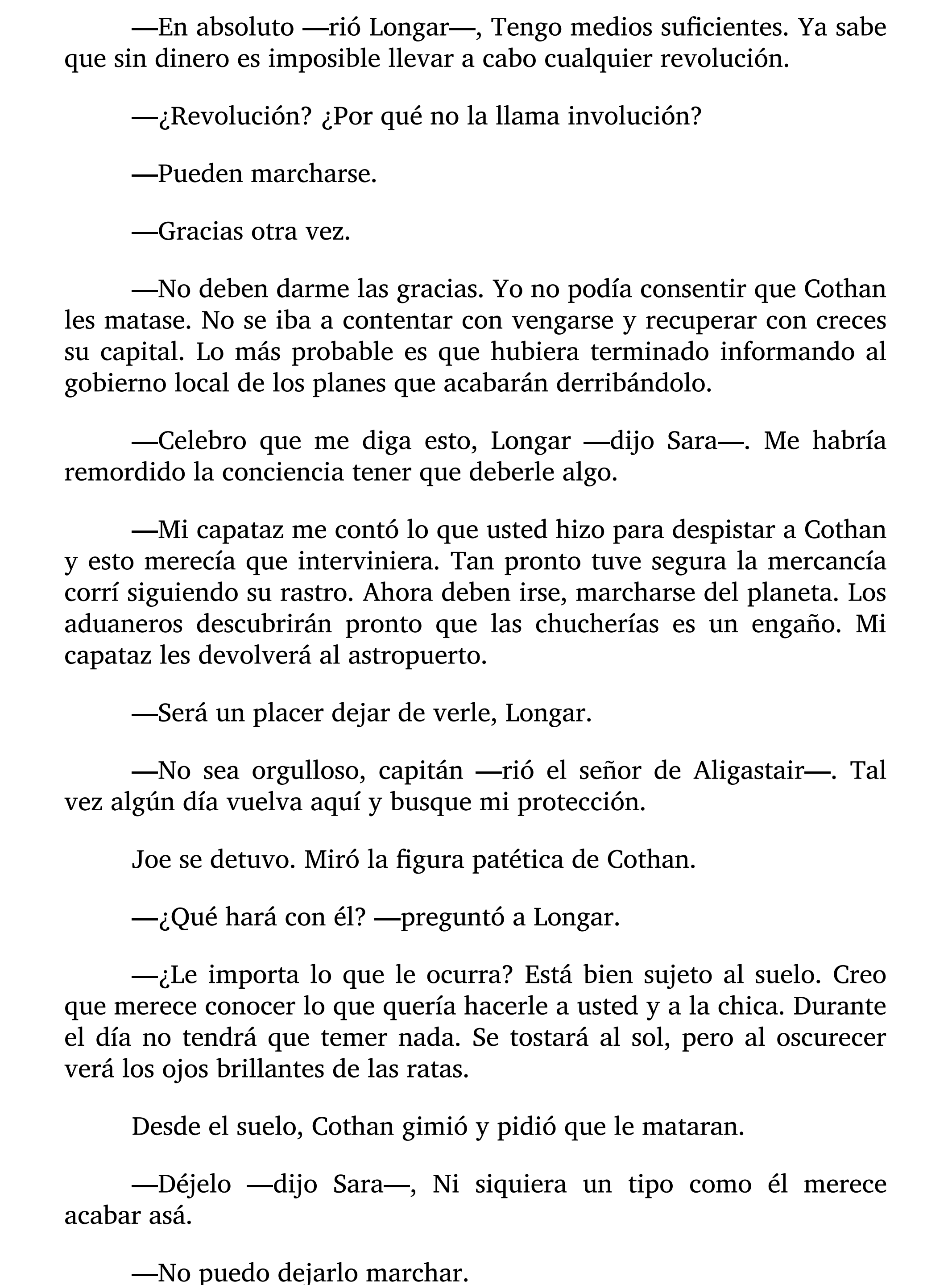
—Oh, algún día dejarán a un lado las inútiles normas altruistas y entonces yo seré premiado. Por el momento me conformo con determinados privilegios, ya que no puedo aspirar al virreinado que me pertenece por derecho de sucesión. Pero no tardará mucho en que alguien con inteligencia modifique las estructuras del Orden, y lo convierta en una organización libre de trabas.

—Entiendo. Usted confía en que de sus ruinas surja un nuevo imperio.

—Así es. Tengo derecho a forjar mis planes de cara a un futuro que espero esté próximo.

Joe agitó la cabeza. La barba roja, sucia y enmarañada, apenas fue una bandera de guerra desvaída. Tomó a Sara por tos hombros y preguntó a Longar:

—¿Me será muy costoso pagarle su servicio, señor de Aligastair?


—En absoluto —rió Longar—, Tengo medios suficientes. Ya sabe que sin dinero es imposible llevar a cabo cualquier revolución.

—¿Revolución? ¿Por qué no la llama involución?

—Pueden marcharse.

—Gracias otra vez.

—No deben darme las gracias. Yo no podía consentir que Cothan les matase. No se iba a contentar con vengarse y recuperar con creces su capital. Lo más probable es que hubiera terminado informando al gobierno local de los planes que acabarán derribándolo.

—Celebro que me diga esto, Longar —dijo Sara—. Me habría remordido la conciencia tener que deberle algo.

—Mi capataz me contó lo que usted hizo para despistar a Cothan y esto merecía que interviniera. Tan pronto tuve segura la mercancía corrí siguiendo su rastro. Ahora deben irse, marcharse del planeta. Los aduaneros descubrirán pronto que las chucherías es un engaño. Mi capataz les devolverá al astropuerto.

—Será un placer dejar de verle, Longar.

—No sea orgulloso, capitán —rió el señor de Aligastair—. Tal vez algún día vuelva aquí y busque mi protección.

Joe se detuvo. Miró la figura patética de Cothan.

—¿Qué hará con él? —preguntó a Longar.

—¿Le importa lo que le ocurra? Está bien sujeto al suelo. Creo que merece conocer lo que quería hacerle a usted y a la chica. Durante el día no tendrá que temer nada. Se tostará al sol, pero al oscurecer verá los ojos brillantes de las ratas.

Desde el suelo, Cothan gimió y pidió que le mataran.

—Déjelo —dijo Sara—, Ni siquiera un tipo como él merece acabar asá.

—No puedo dejarlo marchar.

—Entonces hágalo cuando considere que no puede estropear sus planes.

Longar ejecutó un gesto de saludo arcaico.

—Lo pensaré. Si Cothan salva su pellejo se lo deberá a usted.

El capataz acercó un vehículo y los invitó a subir. Joe apremió a Sara, susurrándole al oído:

—Vamos, no perdamos más tiempo.

—Los aduaneros todavía pueden causarle problemas —dijo Longar.

—De ellos me ocuparé yo —rezongó Joe.

Casi media hora más tarde el vehículo pilotado por el capataz les dejó a los pies de la rampa. En el astro-puerto hacía un calor de infierno y el pavimento de hormigón armado ardía bajo sus pies.

Hunt estaba arriba muy nervioso.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—No tanto —respondió Joe.

El zimbaliano parpadeó cuando Sara pasó por su lado y se despojaba de la capa.

—¿Qué habéis hecho? Tenéis un aspecto lamentable.

—Cierra todo y corramos al puente —rugió el capitán.

Pese a todo echó una mirada al cuerpo de Sara. Resopló y dejó que ella desapareciese por el pasillo. Luego la vio llegar al puente, poniéndose apresuradamente un uniforme de vuelo. No se abotonó todos los botones y él se lo agradeció.

—Nos han retirado el permiso de partida —explicó Hunt—. El inspector Vul-Ar ha conseguido una orden de arresto contra nosotros y viene hacia aquí protegido por un pelotón de soldados.

—Se ha percatado del engaño antes de lo que supuse —dijo Joe.

—Es que su ayudante Dor-Tal despertó antes de tiempo y descubrió el guisado.

Sara encendió las pantallas que enfocaban el exterior. Por la vía principal se acercaba al muelle un vehículo blindado.

—Todo correcto para la partida —dijo ella—. No será fácil sin la ayuda de la torre, pero no nos queda otra alternativa.

Unos segundos antes de que las toberas lanzaran la ignición les llegó la distorsionada voz del inspector Vul-Ar, quien les comunicó:

—Abran la esclusa. Están detenidos en nombre del gobierno de Aligastair.

Grosvenor cerró el comunicador y dijo que prefería morir a seguir escuchando a aquel tipo.

—Todo es posible —suspiró Hunt—. No dudo que estén esperándonos en el espacio para freímos.

A los pocos minutos detectaron la presencia, cada vez más próxima, de dos naves de vigilancia fiscal, y al poco recibieron la orden de regresar al planeta.

—¿Recuerdas la sección secreta? —preguntó Joe guiñando un ojo a Sara.

Ella la puso al descubierto y Joe acarició los botones. Luego concentró su atención en las pantallas de proa y en los ordenadores.

—Si son capaces de disparamos...

No acabó la frase. De los dos patrulleros partieron varios haces luminosos.

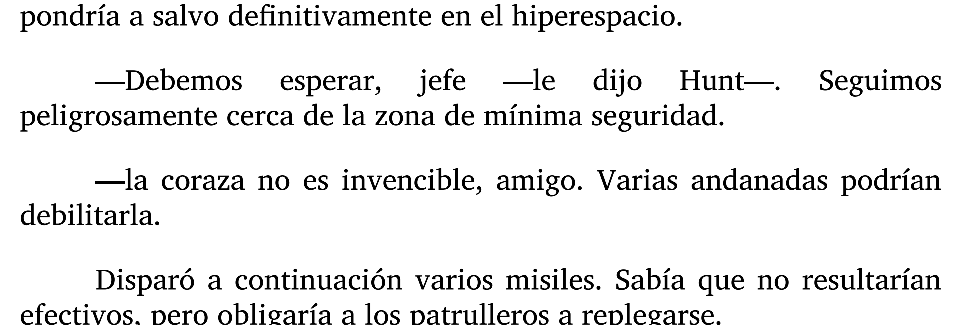
—¡Vira o nos liquidan! —advirtió Sara.

—Espera y verás mi jugada maestra.

Los disparos alcanzaron al Satán y toda la nave sufrió una sacudida, pero nada más. Sara miró sorprendida a Joe y éste se rió a carcajadas.

—Un escudo de fuerza de primera calidad, digno de un acorazado del Orden Estelar. Se lo puse al Satán hace un año, cuando lo compré de una nave desguazada. Valió la pena la inversión. Ahora nos toca a nosotros.

Mientras tanto, y seguro que debido al estupor que debían tener los tripulantes de los patrulleros, la nave comercial se alejó varios centenares de miles de kilómetros del planeta. Joe miraba ansioso los registros, esperando el momento de activar el dispositivo que les



pondría a salvo definitivamente en el hiperespacio.

—Debemos esperar, jefe —le dijo Hunt—. Seguimos peligrosamente cerca de la zona de mínima seguridad.

—la coraza no es invencible, amigo. Varias andanadas podrían debilitarla.

Disparó a continuación varios misiles. Sabía que no resultarían efectivos, pero obligaría a los patrulleros a replegarse.

—¡Nos disparan sin cesar! —dijo Sara—, Los indicadores avisan que la parte posterior de la coraza pierde fortaleza.

Joe sudó. Empezó a perder su confianza. Unos pocos segundos más y todo reventaría alrededor de ellos. Los aligastarianos no eran tan tontos como pensó. Los había subestimado. Comprendieron que sólo con un ataque ininterrumpido rajarían la coraza del carguero y estaban dispuestos a agotar la energía de sus láseres.

Lo peor fue cuando una parte de la coraza se disgregó y el castigo lo recibió una sección impulsadora. El Satán perdió velocidad.

—¿No hay nada que hacer? —preguntó Sara angustiada.

—Me temo que no, encanto —Joe se acercó a ella y la besó—. Siempre dije que me gustaría irme al infierno besando a una chica.

—Espera, jefe, no te entusiasmes y mira esa pantalla —dijo Hunt. Grosvenor emitió un sonido gutural que con mucho optimismo podía calificarse como esperanzador.

Joe miró la pantalla y parpadeó al ver que la cubría casi en su totalidad una esfera dorada.

—Es una Unidad Exploradora del Orden —dijo Sara.

—Las conozco. ¿Qué hace aquí?

—Por el momento ahuyentar a los patrulleros de Aligastair y confirmarnos que en todo este jaleo está metido el Orden.

—¿No ha llegado demasiado pronto? La economía de Aligastair tardará en caer.

—Debe llevar rondando el planeta hace meses.

—¿Por qué nos salva?

—Escucha.

Sara indicó el comunicador principal del puente. Mientras los patrulleros de Aligastair se retiraban precipitadamente, una voz segura y femenina les dijo:

—Como ciudadanos del Orden están obligados a obedecer mis instrucciones. Les ordeno que se retiren de esta zona lo antes posible.

Joe regresó a su asiento y crispó los puños. No le gustaba recibir órdenes de ningún militar.

—Esta nave está matriculada en Tabogarda.

—Les habla el comandante de la Unex, personalmente. Me permito informarles que Tabogarda fue integrado en el Orden hace seis meses, y añado que han infringido las leyes del comercio.

—¿Qué leyes son ésas?

—Se necesita un permiso especial para que ciudadanos del Orden comercien en mundos lejanos. Ustedes no disponen de tal como me temo.

—¿Cómo voy a tenerlo si cuando partí de Tabogarda no tenía la desdicha de ser un súbdito de la Tierra?

—La Tierra no tiene súbditos, sino ciudadanos. Hubo una pausa y la voz de la mujer, evidentemente divertida, añadió:

—Pero por una vez puede hacer la vista gorda y considerar sus razones, capitán Leonard. Puede seguir su viaje.

—Gracias —deglutió Joe.

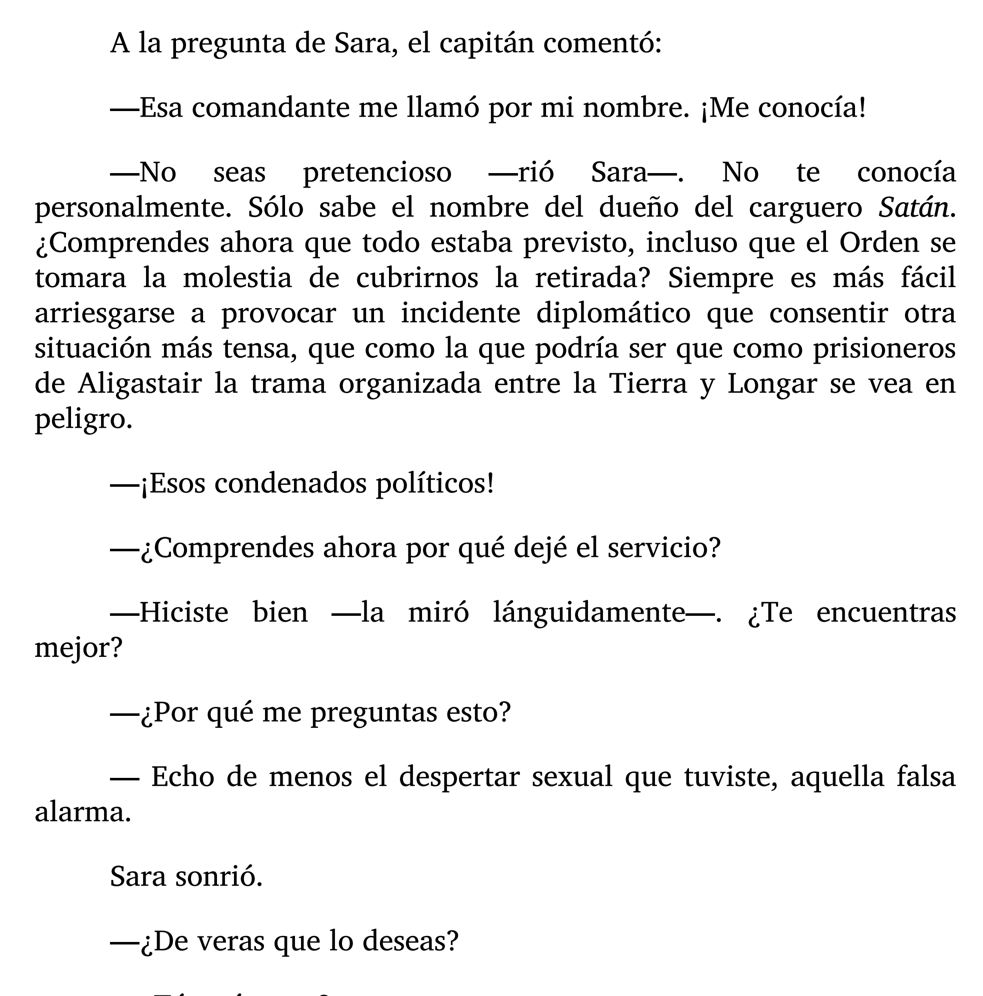
—De nada. Buena travesía.

Se cortó la comunicación.

Una hora más tarde navegaban por el hiperespacio.

A bordo había tranquilidad y todos sus pasajeros estaban relajados.

De pronto, Joe sacudió la cabeza.



—¿Qué te pasa?

A la pregunta de Sara, el capitán comentó:

—Esa comandante me llamó por mi nombre. ¡Me conocía!

—No seas pretencioso —rió Sara—. No te conocía personalmente. Sólo sabe el nombre del dueño del carguero *Satán*. ¿Comprendes ahora que todo estaba previsto, incluso que el Orden se tomara la molestia de cubrirnos la retirada? Siempre es más fácil arriesgarse a provocar un incidente diplomático que consentir otra situación más tensa, que como la que podría ser que como prisioneros de Aligastair la trama organizada entre la Tierra y Longar se vea en peligro.

—¡Esos condenados políticos!

—¿Comprendes ahora por qué dejé el servicio?

—Hiciste bien —la miró lánguidamente—. ¿Te encuentras mejor?

—¿Por qué me preguntas esto?

— Echo de menos el despertar sexual que tuviste, aquella falsa alarma.

Sara sonrió.

—¿De veras que lo deseas?

—¿Tú qué crees?

Detrás, Grosvenor miró a Hunt y el zimbaliano decidió no decirle que el capitán no sabía lo que decía.

FIN